

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Princeton Theological Seminary Library

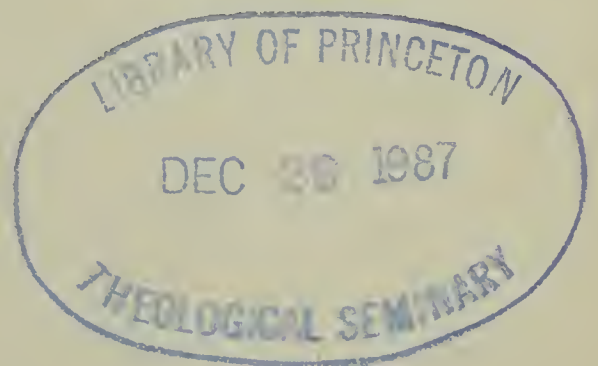
<https://archive.org/details/estudios8961unse>

ESTUDIOS

RICARDO COX BALMACEDA: "ORIENTACIONES DEL NUEVO ORDEN EUROPEO". — AUGUSTO JOSE DURELLI: "CONCIENCIA CRISTIANA Y GUERRA". — EL PAPA Y LA PAZ EUROPEA.

ALEJANDRO HUNEEUS, Y ARMANDO ROA: "PERSONA, INDIVIDUO Y PROPIEDAD". — ALFREDO LEFEBVRE: "EXPERIENCIA Y EDUCACION EN DEWEY".

"NOCHE DE DIOS" (POEMA). — CELESTINO SAÑUDO: "NAVIDAD EN LA ESTACION". — ZLATKO BRINCIC: "CERVANTES CONTRA LAS LETRAS". — CRISTAL DE LIBRERIA



96

[No. 95 unavailable]

ESTUDIOS
MENSUARIO DE CULTURA GENERAL

DIRECTOR:
JAIME EYZAGUIRRE
Casilla 13370
Santiago de Chile

SUSCRIPCION ANUAL EN EL PAIS	\$ 42.—
" " EXTRANJERO. ...	Dólar 1.50
NUMERO SUELTO... ..	\$ 3.60
" ATRASADO... ..	\$ 4.20

ADMINISTRACION

HUERFANOS 972, OFICINA 501 — TELEFONO 67189

SANTIAGO DE CHILE

AÑO IX — N.º 96
DICIEMBRE DE 1940

INDICE

SOCIOLOGIA Y POLITICA

	Pág.
"ORIENTACIONES DEL NUEVO ORDEN EUROPEO", por Ricardo Cox Balmaceda	4
"CONCIENCIA CRISTIANA Y GUERRA", por Augusto F. Durelli	17
"EL PAPA Y LA PAZ EUROPEA"	37

FILOSOFIA Y PEDAGOGIA

"PERSONA, INDIVIDUO Y PROPIEDAD", por Alejandro Huneeus y Armando Roa	42
"EXPERIENCIA Y EDUCACION EN DEWEY", por Alfredo Lefebvre	51

LETRAS Y ARTE

"NOCHE DE DIOS" (Poema)	62
"NAVIDAD EN LA ESTACION". Cuento, por Celestino Sañudo	65
"CERVANTES CONTRA LAS LETRAS", por Zlatko Brucic	69

CRISTAL DE LIBRERIA: "Significación de las cosas", por
Carlos René Correa. P. 72.

D I C I E M B R E D E 1 9 4 0

EL AMOR HUMANO

De la infancia al matrimonio, por Francisco Charmont \$ 15.60

Ultimas publicaciones de Difusión y otras novedades:

VIDA DE SAN FRANCISCO JAVIER, por Jorge Schurhammer, S. J.	\$ 15.60
LA MISA DE LOS QUE NO SON SACERDOTES, por F. Desplanques, S. J.	7.60
MEDITACIONES PARA RELIGIOSAS, por Raúl Plus, S. J.	20.—
MANUAL DEL CATOLICO PRACTICO, por José Vallbona	5.60
GUIDO DE FONTGALLAND (1913-1925)	2.40
EL HOMBRE DIOS, por P. Ignacio Beaufays.	67.80
TRAITE DE PHILOSOPHIE, M. M. Gorce	50.—
CURSO FACIL DE LITURGIA, por R. P. Andrés Azcárate	12.—
CRISTO NUESTRO HERMANO, por Karl Adam	18.—
¿DE DONDE VIENE ALEMANIA?, Gonzague de Reynold	26.40
HISTORIA DE CHILE. Fco. Antonio Encina.	50.—
LEON BLOY EL PEREGRINO DE LO ABSOLUTO, por Jaime Eyzaguirre	6.—
INTRODUCCION A LEON BLOY, por Pierre Termier	25.20
SCHUBERT, EL ETERNO APASIONADO, por I. Giomay y S. Manier	26.40

Estos libros y muchas otras novedades, las encontrarán en nuestra

Librería y Editorial "Splendor"

Santiago: Delicias 1626, Teléfono 89145, Casilla 3746.
Valparaíso: Victoria 2277, Teléfono 7168.

Todos los textos de estudio. Todos los útiles de escritorio, dibujo y pintura.

MESAS Y TABLEROS DE DIBUJO

Casa Zamorano y Caperán
COMPAÑIA 1015 y 1019 — CASILLA 362
TELEFONOS: 80726, 80727 y 80728
SANTIAGO

Sociología y Política

“ORIENTACIONES DEL NUEVO ORDEN EUROPEO”, por Ricardo Cox Balmaceda.

“La victoria alemana lleva consigo tres caracteres principales que definen el orden proyectado: es una victoria revolucionaria, germánica y materialista.”

“CONCIENCIA CRISTIANA Y GUERRA”, por Augusto J. Durelli.

Lo que piensa un escritor argentino sobre la actitud que le cabe asumir al cristiano frente al conflicto europeo.

“EL PAPA Y LA PAZ EUROPEA”.

Discurso de S. S. Pío XII sobre las condiciones de una justa paz.

Orientaciones del nuevo orden europeo

Después de analizar en un artículo anterior la evolución política de Europa en los tiempos modernos y el fracaso del régimen de los tratados, el autor enfoca las características del nuevo orden europeo derivado del triunfo en el continente de las armas alemanas.

El nuevo orden no es más que la consolidación de la victoria alemana. Esta victoria lleva consigo tres caracteres principales que definen el orden proyectado: es una victoria revolucionaria, germánica y materialista.

Un orden revolucionario.

Lo que ha triunfado en el continente europeo con las armas alemanas es una revolución; Palabra llena de prestigio interesado, espada de doble filo, que ahora recae sobre quienes creían haberla forjado para su uso exclusivo! Se nos ha catequizado tanto con la función creadora de las revoluciones... Aquí tenemos, en efecto, una nueva creación revolucionaria. Es parecida a las demás, a las antiguas y a las nuevas revoluciones; distinta, por supuesto, en sus dogmas y circunstancias, pero semejante en su esencia. Dejemos de lado los trastornos institucionales de forma, más o menos ocasionales, simplemente políticos, los golpes de Estado, sediciones, rebeliones, choques de partidos y de grupos gobernantes alrededor del ejercicio del poder. Pensemos en esos movimientos que llevan un contenido, que envuelven una concepción nueva de la vida social. La revolución nazi es uno de ellos, como fué la revolución rusa, la revolución francesa, la revolución protestante, la revolución hussita, la revolución albigense. Yo no diría la revolución cristiana, ni aún islámica. Estos movimientos religiosos trascienden el marco social, porque reforman directamente el mundo interior, expandiéndose desde allí al mundo externo.

Que el cristianismo envuelve una revolución, que había de traer cambios sustanciales en la vida y orientación social, es cosa indudable. Pero en su esencia el cristianismo no es una concepción de la vida social, sino de la vida personal, de la vida misma sin adjetivo. Lo característico del cristianismo es que coge al individuo y lo transforma, colocándolo directamente debajo de la fe y del amor de

Cristo. De esta revolución, el mundo es como un espectador. El actor es la persona en su más profunda intimidad. Lo que llamamos revolución, son movimientos que pretenden orientar, no la vida personal, sino la vida social.

Estas revoluciones fueron siempre concepciones nuevas, prefiguraciones seductoras, en las cuales los hombres creyeron, a las cuales les otorgaron una fe cada vez más exclusiva y emotiva hasta el momento del estallido. La prefiguración revolucionaria tiene esto de específico, que nos aparece favorable a nuestra actividad, que parece darle a nuestra actividad un sentido. Por eso creemos en ella, la amamos y luchamos por ella. La nueva concepción aparece en su época como la condición de nuestra perfecta adaptación al mundo. Esta máquina del mundo, poco inteligible y no poco cruel, la prefiguración revolucionaria la transforma por medio de una operación imaginativa y emocional que crea las reformas en el plano de la idea y les atribuye virtudes propias de justicia, progreso, pacificación y bienestar. El revolucionario se siente fortalecido y regenerado por su fe. Sus actos, servicios y sacrificios adquieren trascendencia, se colocan en un plano universal. Por pequeños e insignificantes que sean, están magnificados por esa concordia con la fe de tantos otros, y sobre todo, por esos resultados a él también debidos, si no por los pequeños trabajos de su vida, al menos por la disposición a la ofrenda, por el regalo de la muerte, sin el cual no hay revolución.

¿Cuál es el origen de un fenómeno de esta especie, que no se presenta todos los días, y ni siquiera es frecuente históricamente? Son las circunstancias, por una parte; y por otra, los rebeldes y su clientela. Estos existen siempre, como los microbios; y no aquellas, a semejanza de las condiciones de desequilibrio orgánico necesarias al desarrollo de una enfermedad. La psicología del rebelde es muy interesante, porque es más rica que la psicología de sus secuaces. El rebelde se caracteriza por su poder de prefiguración a la vez que por su capacidad de acción. En el poder de la prefiguración, el rebelde es niño. El niño que dice: "cuando sea grande quiero ser bombero", está manifestando que, como todos los niños, puede ser un revolucionario. La facultad de tomar las imágenes por realidades es el primer factor de la rebeldía. Gracias a esta facultad, se crea, alrededor de una cierta doctrina, la fe en su eficacia, virtud y trascendencia. Sin esta fe, la doctrina es muerta, carece de penetración y seducción. Pero la fe que un hombre deposita en ella le da vida y acción. Además, este hombre seducido por una doctrina es activo, no sólo especulativo. No es que siempre, ni aún las más de las veces,

tenga dotes de organizador, conductor, creador: de ninguna manera. Puede ser un demagogo, un simple animador. Pero su potencial nervioso es elevado. Su fe se traduce en expresión, y su poder de expresión — en palabras o en hechos — lo libera y seduce a sí mismo, lo lleva al fanatismo.

La clientela del rebelde es doble. La juventud en primer lugar. Una de las características de toda revolución es que prende en los jóvenes. En los muy jóvenes el poder de prefiguración está intacto. Fácilmente una idea, un esquema, una actitud los convence y arrastra. Pero además, los jóvenes sufren de inadaptación. Sus afectos no están organizados, ni jerarquizados; no hay responsabilidad en ellos; fácilmente el marco de sus deberes les aparece impuesto, estrecho, extraño y arbitrario. Los jóvenes se enamoran de las grandes ideas abstractas al mismo tiempo que buscan novia. En ésta encuentran amor, es decir a un tiempo expansión y continencia afectiva, libertad y fidelidad. En aquellas, el joven busca un ambiente propicio para su mal diferenciada actividad. Entre todos los posibles que abren los días, ellos buscan una razón de preferencia, una idea directriz a la vez universal y propia, bastante a todo y exclusiva de todo.

A estos reclutas se une en las revoluciones un ejército que forma como su contrapeso. Son aquellos para quienes una ruptura con el pasado es favorable. No digo sólo favorable prácticamente, que también son muchos; pero íntimamente. Son los inquietos, descontentos, ambiciosos, las almas de sabor amargo, cuyas aspiraciones insatisfechas se doblan sobre sí mismas y forman en el espíritu zonas de fermentación sin luz ni aire. Estos buscan en las grandes y vagas ideas una forma de alzarse, de resolver la inquietud poniendo la conducta a remolque de las aspiraciones: solución unilateral de un problema de fondo religioso. La concordancia de las aspiraciones y de los actos no tiene solución unilateral, ni en favor de las aspiraciones ni en favor del deber. La simple aceptación del deber es virtuosa; pero en cuanto sacrifica las aspiraciones es cobarde, rutinaria. La paz interior, la alegría, son el resultado de una victoria. Esta victoria, en el santo es la victoria del amor de Cristo. Cristo ni es amado porque sea perfecto, ni es sólo el espejo del deber. Es amado porque es Dios y Dios personal. Este amor personal es fuente de inspiración que señala y crea el deber universal del santo, que es la caridad. He aquí pues un tipo de solución de este problema de la inquietud que los cristianos conocemos de cerca. En el plano de la intimidad para, que bien podríamos llamar de la religión natural, la solución de este problema

consiste en una moderación de los deseos y un realce correlativo de la capacidad de acción y sacrificio. Esta es la orientación de una solución integral de este problema, aparentemente inaccesible al margen de una disciplina religiosa. En todo caso las soluciones unilaterales son falsas. El sacrificio anticipado de las aspiraciones al deber es el burguesismo, que se reconoce en sus pobres frutos de satisfacción. El sacrificio del deber a las aspiraciones es rebeldía, que se conoce en sus peligrosos frutos de ansiedad.

A través de sus adeptos, de los rasgos que los distinguen, puede apreciarse mejor lo que es una revolución. Una revolución es una fe que anhela romper con el pasado. He aquí los dos factores. Como fe, la revolución es factor evolutivo; pero como ruptura con el pasado, la revolución es un fenómeno regresivo. Y como, sin ruptura con el pasado no hay revolución, resulta que el factor revolucionario específico es regresivo. La tragedia del fenómeno revolucionario consiste en que éstos factores tienden a disociarse con el resultado de que predomina el último. Este fenómeno se debe al punto de partida íntimo de la actitud revolucionaria. Esta actitud que todo lo sacrifica a las aspiraciones, por amplias y elevadas que sean, es en su esencia antisocial. La magnitud del objeto de nuestras aspiraciones no tiene relación alguna esencial con el grado de generosidad y desinterés de nuestra disposición de ánimo. El ánimo generoso se traduce en servicio y olvido de sí. El objeto de la generosidad es necesariamente próximo. La afección colocada en objetos abstractos y lejanos es síntoma de distanciamiento, de ensimismamiento, de falta de aptitud a la integración social y a la simpatía. Todo verdadero revolucionario es en el fondo un solitario. Por eso, en todo revolucionario hay un tirano en potencia, como hay un reaccionario en potencia en todo burgués.

Ninguna verdadera religión fué revolucionaria, como se ha repetido del cristianismo parodiando a San Agustín, no sin cierta ligereza y contumacia. El cristianismo no es más revolucionario que el vapor o la electricidad. Si a través de su reforma íntima trajo una gran revolución social, fué exactamente por vía tan indirecta como la de los inventos modernos que revolucionaron el trabajo y la vida social. Religión es ordenación del alma por su unión a Dios. La religión es conformista en lo externo justamente porque es imperativa en lo íntimo. Todo movimiento revolucionario, desde el punto de vista religioso es una herejía, porque introduce indebidamente una condición externa cualquiera en el mundo interior donde dialoga la persona individual con la Suprema Persona. No puede decirse lo mismo de todo movimiento reaccionario, aunque sea vio-

lento. Pues la revolución se otorga su propia dogmática, en tanto que la reacción restaura o adapta una dogmática destituída. El fenómeno psicológico colectivo que hoy se llama una revolución, antiguamente se llamaba una herejía. El elemento sagrado que el orden social tenía antiguamente lo expresamos hoy día cuando a un orden determinado lo llamamos un régimen. Hoy día la abolición de un régimen la llamamos una revolución y la restauración de un régimen, una reacción. Nuestras actuales revoluciones, en lenguaje antiguo se llamaban herejías, como lo fueron las de los albigenses, hussitas y protestantes. El antiguo conformismo religioso está representado en el día por el conformismo institucional, privado, evidentemente, de su antigua suprema trascendencia.

Si tomamos, pues, ahora, la revolución como un movimiento de inconformismo institucional, vemos que el origen de ese movimiento es la acción de un grupo rebelde y que la revolución consiste en el contagio de esa rebeldía. Los rebeldes son desequilibrados afectivos, obsesos de grandes y vagas aspiraciones. La obsesión está patente en el ansia de la realización, y el desequilibrio, en la dificultad y aún imposibilidad de esa misma realización. Todo programa revolucionario es utópico por definición. Un programa realizable sin un exceso de dificultades es un programa práctico, falto de todo nimbo seductor. El desequilibrio del rebelde consiste en suprimir imaginariamente el obstáculo. Este salto en el vacío, esta facultad de prefiguración de los resultados por encima de los medios de lograrlos, es la característica revolucionaria. Su manifestación típica es la apelación a la ayuda ajena. El rebelde, frente a su idea, compensa su propia incapacidad realizadora con la aprobación y la determinación de los demás. La fe que lo anima se nutre de la fe que inspira. La seducción del rebelde proviene del resplandor con que brilla en él el objetivo que lo obsesiona. En su boca y en su alma todo es promesa y luz, porque no hay obstáculo. Lo que falta solamente es que la fe se extienda y crezca, a fin de que la idea advenga sin demora. La tibieza ajena es el verdadero obstáculo y la oposición ajena, el único imposible. Por eso la rebeldía baja directamente de la fe a la animosidad y al odio. El desequilibrio del alma rebelde se traduce en un egocentrismo de partido, hostil, irritable y fiero.

La acción revolucionaria tiene siempre plausibles motivos. Pero sería pueril juzgar de ella por lo que se propone y no por lo que es. La acción revolucionaria vale por lo que es: una empresa obsesiva de prefiguración. Una revolución es pues un fenómeno íntegramente psicológico. De aquí que sus aportes reales carezcan de toda relación con

sus motivos de origen. Lo que una revolución aporta es ante todo una dogmática. Entre el dogma y la aplicación está el escepticismo enemigo. El fondo de la acción revolucionaria es pues la lucha contra el enemigo. El único medio de realizar el objetivo de cuyos obstáculos se prescinde, es que nadie pueda oponerse a él. Esta estrategia de la prefiguración es de tal manera costosa y exigente, que rápidamente se transforma en el único fin de la acción revolucionaria. Una revolución en su punto heroico implica pues un distanciamiento máximo entre el objetivo propuesto y los medios adecuados para conseguirlo. La prefiguración revolucionaria olvida los motivos de origen para hacerse antisocial, belicosa e inhumana. Por eso una revolución es invariablemente una catástrofe moral. Es probable que ella se traduzca posteriormente en determinadas ventajas, porque los motivos de origen se traslucen poco a poco entre los vapores del odio y tienden a realizarse prácticamente a través de los obstáculos ignorados por los revolucionarios. Pero éste es un efecto secundario de conmoción. Su efecto primario es la victoria del fanatismo de los convencidos y el interés de su consolidación. El símbolo de esta victoria es el dogma integrado por las fórmulas eficaces de combate. El sentido y la aplicación de estas fórmulas pertenece al vencedor. Este esoterismo violento equivale a una mentira si por tal se entienden las verdades cargadas de reservas e intenciones. Es este el afecto más duradero y progresivo de una revolución. Los vencidos desaparecen, los odios se aplacan, pero las fórmulas subsisten y obstaculizan durante largo tiempo el fino trabajo de la reacción viva que decanta las locuras, desanima el crimen, adapta las palabras y restaura poco a poco la paz y los valores.

La revolución nazi no escapa a los caracteres genéricos de los fenómenos de su especie. Era bueno describir estos rasgos para comprender lo que su victoria significa para Europa. Los países vencidos o intimidados deben sufrir la expansión revolucionaria nazi, la intolerancia de su credo y la acción recalcitrante de su propaganda. El primer rasgo del nuevo orden es que Europa ha de gustar el sabor de la mentira revolucionaria.

Un orden germánico.

La revolución nazi participa de los caracteres genéricos de toda revolución, pero ello no disminuye la importancia de sus rasgos específicos. El caso de Hitler es uno de los casos de rebeldía más puros que registra la historia. Se le puede comparar al de Savonarola, porque los ob-

jetos de ambos son parecidamente vagos, vastos y aparentemente irrealizables. El Savonarola de la leyenda se ha revelado contra la corrupción que reina en la ciudad. No puede tolerar el espectáculo del vicio que invade las familias y los templos y experimenta un ansia incontenible de reformar la Iglesia y el Estado. No cabe duda alguna de que tiene la razón sobrada, ni de que es un falso santo. No se le pueden dar los poderes que su acción requeriría y se le aplica la hoguera. Hitler en cambio ha obtenido esos poderes. Lo que obsesiona a Hitler es la humillación de la Alemania vencida. Esa humillación es profunda, evidentemente. Alemania ha luchado contra una coalición mundial. Ha infligido memorables derrotas a dos poderosas naciones y se ha encontrado a dos dedos de una victoria total sobre el universo. Bruscamente la guerra se ha perdido y el desastre es horrendo, es un abismo de miserable desilusión. Todos son vencedores de Alemania; todos, hasta los más chicos, se ceban en las reservas vivas del gran pueblo. Pero hay un hombre que se consuela de la derrota negándola. Alemania no ha sido vencida, dice Hitler, ha sido traicionada. Hay pues que ubicar y desenmascarar a los traidores, judíos, capitalistas, y sobre todo, comunistas. Se trata de borrar la derrota, para lo cual basta que los alemanes arrojen el oprobio de su corazón y lo sustituyan por el antiguo orgullo nacional. Libre de comunistas y demócratas, Alemania se hará su camino en consonancia con su capacidad de organización. Será suprimida la miseria, el hambre, el desaliento, con el concurso del acervo técnico más competente en el mundo. El nacionalsocialismo es una panacea. Hitler y sus tenientes determinan apoderarse del Gobierno en Múnich. El complot de la cervecería es juzgado digno de la pena de ocho meses de cárcel. Esta condena es la hoguera del nuevo Savonarola.

En un caso y otro el ambiente es muy diferente, sin embargo. Pues, si los florentinos de Savonarola no manifiestan un excesivo entusiasmo por ser corregidos de sus vicios y conducidos al cielo, los alemanes de Hitler en cambio, están listos para negar la derrota y preparar la revancha. A favor de la propaganda democrática los ex soldados, los jóvenes y los niños se alucinan con un porvenir de honor, rango y consideración nacional. El orgullo germánico nacional y racial es el contenido explosivo de la nueva fe. Bajo la camisa parda del ex combatiente reaparecen las antiguas emociones patrióticas que hacían delirar a las muchedumbres berlinésas en las paradas de la era kaiseriana.

Este orgullo alemán está compuesto de motivos seculares que se han fusionado solamente a fines del pasado

siglo en un complejo muy popular de superioridad. La raza alemana ocupa el centro de Europa. Es, entre las razas europeas, la más numerosa y prolífica. Las tribus germánicas forzaron las fronteras romanas y fundaron varios poderosos reinos más allá de la Alemania. La corona imperial reside en Alemania durante muchos siglos. Varios príncipes alemanes estuvieron cerca de someter toda la Europa al Sacro Romano Imperio. La Reforma arruina por siglos estos sueños de dominación universal. Pero subsiste en la historia y en la leyenda el recuerdo de algunos soberanos tan poderosos y afortunados como Barbarroja.

La debilidad política en que la Alemania estuvo sumida por tanto tiempo tiene su compensación. En Alemania hay muchos Estados y capitales. Algunos de ellos son ricos y la cultura de la nación en general se ha beneficiado desde antiguo con esta multiplicidad. Ya en el siglo XV la Alemania rivaliza con la Francia y la Italia en todas las manifestaciones de la civilización y del arte. Más aún, la cultura alemana adquiere una peculiar variedad, una riqueza pintoresca que la hace en cierto modo universal. Está muchos menos inficionada que en otras naciones del particularismo nacional. Propiamente, la Alemania, más que una nación, es un mundo. Erasmo, como después Goethe, son las personalidades más vastas que haya producido Europa.

Además, la Reforma ofrece a la Alemania un camino imprevisto. Ese movimiento fanático destruye en Alemania la unidad política y espiritual, y en mucha parte, el acervo cultural de la Edad Media. La reestructuración del pensamiento alemán tiene su origen en un verdadero caos. Los metafísicos de los siglos XVII y XVIII toman las cosas desde el principio. La escuela alemana se caracteriza por su independencia revolucionaria y por su confianza creadora. Kant y su escuela son verdaderos oráculos; en sus oscuros raciocinios, generaciones de estudiantes espían el sentido de la nueva revelación. La cátedra es el trono de la grande Alemania, es decir, de la nación que aporta al mundo una conciencia de sí mismo enteramente independiente de la tradición escolástica que domina en toda Europa.

La Prusia es en Alemania el país donde van a resumirse las peculiaridades a favor de las circunstancias nacionales. La monarquía prusiana es la última y será la primera de Europa. No tiene viejos títulos, ni pesadas vanidades, pero un sentido admirablemente práctico del poder y de sus condiciones. A la vez que economiza dinero, se granjea buena renta y adiestra soldados excelentes para usarlos con seguro tino. Nada de empresas arriesgadas como

las de Carlos XII; pero sí empresas fructuosas, livianas de escrúpulos, pero reciamente apoyadas en la mejor infantería. El gran Federico es el héroe de este espíritu. La crisis napoleónica es una tormenta rápida. Blücher, entre los jefes aliados que ocupan París es tal vez el primero. Sobre todo, la monarquía prusiana es la más experta en el arte de acrecer, porque tiene más que otra alguna la conciencia clara de sus apetitos y sabe usar con puntualidad el contundente argumento de sus granaderos. La política de Bismark es una maravilla. El Congreso de Berlín es la consagración de la Alemania como la primera potencia europea.

En la Alemania de von Benhardi todos estos elementos del pasado nacional se fusionan en un sólo complejo de superioridad. La más vieja, legendaria y romántica de las naciones europeas, es a la vez la más poderosa, la más avanzada en la ciencia y en la técnica, y todavía, la más próspera y feliz. Hay una causa de todos estos resultados; no los ha producido el azar, sino la sangre. Hay una técnica para conseguirlos, es la técnica prusiana de la guerra victoriosa. Guillermo II era pues un real peligro para Europa en 1914. Pero Hitler lo es mucho más aún, porque el germanismo es el fondo de la iluminada fe nazi y el objetivo final de una revolución en que el obstáculo ignorado por el fanatismo es la personalidad independiente de los demás pueblos.

La expansión revolucionaria nazi implica pues en primer lugar, el predominio militar berlinés. Ese predominio deberá extenderse a proporción de los enemigos que suscite, sin más límites que el alcance eficaz de las panzerdivisionen. Ahora bien, la técnica alemana conoce exactamente las condiciones de esa eficacia. Esencialmente, esas condiciones son del orden económico amplio. El imperialismo alemán se funda técnicamente en una superioridad de fabricación, para la cual la Alemania se encuentra en un estado de avance formidable. Ya antes de la guerra casi todo el centro oriente europeo había sido colonizado industrialmente por el Reich. La forma de esta colonización es el suministro de artículos manufacturados contra la entrega de materias primas o productos agrícolas. La ventaja única y última que produce este sistema es el monopolio de la técnica de fabricación, fundamento económico del poder. El inconveniente es el peligro de envilecimiento en el pago del trabajo técnico. Demás está decir que la precisión de la política alemana de expansión y equilibrio económico está por encima de todos los elogios. Pero no deja de ser triste ver al Gobierno de Vichy preconizar la vuelta de los franceses a la tierra mientras se encuentra ocupa-

da por los alemanes la parte industrial de Francia. Si el germanismo se traduce en la pastorilización de Europa en favor de la técnica alemana de fabricación ¿quién podrá prever los resultados? Esta disociación del martillo y la hoz, este *modus vivendi* que establece una subordinación de los pastores europeos a los mineros alemanes es el aporte original del nuevo orden germánico.

Un orden materialista.

Pero el germanismo no envuelve solamente un régimen económico sustancialmente favorable a los alemanes. Lleva consigo, además, una cierta concepción de la vida y del mundo, muy característica de la Alemania y que llamaremos materialista. La Alemania ha sido siempre un poco materialista. Se ha dicho de ese gran pueblo que el cristianismo no lo ha penetrado nunca con profundidad, que la Alemania no produce santos, que es la cuna del protestantismo y de la ideología libre. Hay sin embargo, que hacer justicia a Alemania. Ella misma se ha encargado de hacérsela sin mayores escrúpulos de imparcialidad. La Alemania siempre ha creído en su propia virtud: acerca de este punto los alemanes se complacen en aportar pruebas estadísticas. Y esta virtud estadística, patente en una serie de índices de alta significación social, los alemanes pretenden debérselas a sí mismo, y no a ningún credo que les sea común con los otros pueblos. En particular, los conservadores entre ellos creen que deben gran parte de su superioridad moral al protestantismo luterano, y este argumento excita la envidia del protestantismo anglo-americano que mira hacia Berlín - no habiendo guerra - con ojos de convencida reverencia.

La verdad es que Alemania es un país próspero. No lo ha sido siempre, y a esto se debe que los alemanes se creen pobres, como lo eran antiguamente los prusianos. Creen aún que su sueldo es de arena, y que deben a su industria, ingenio, esfuerzo y disciplina la enormidad de su producción. Tengo para mí que la deben principalmente a las zonas ricas del gran país, que son las más. A sus minas poderosas deben, como la Inglaterra y los Estados Unidos, su alta expansión industrial. Como centro fabril, están inmejorablemente situados y admirablemente servidos por las condiciones naturales de sus comunicaciones. Alemania es muy rica en varios aspectos esenciales a la vez; lo que le falta es nada en comparación de lo que tiene. Y las estadísticas sociales traducen de preferencia este género de superioridad. La actividad en Alemania es profunda, concen-

trada; a la vez exigente y promisoras; la técnica y disciplina son condiciones, pero también poderosos incentivos de bienestar en la industriosa colmena.

Esta influencia del medio sobre el hombre es una tesis bastante insípida; pero no debe olvidarse a fin de evitar el extravío cuando se pretende percibir los rasgos específicos de la cultura de un pueblo. Esos rasgos siempre llevan un colorido local, pero a la vez, nos interesan solamente por sus aportes universales. Que el ascetismo es hijo del desierto y el materialismo de una pródiga naturaleza, es cierto en gran parte. No se concibe fácilmente a los cenobitas buscando la soledad entre las floridas colinas del Palatinado; pero ¿por qué en este siglo la orden benedictina prospera en los Estados Unidos mucho más que en parte alguna? Es que el microcosmo humano es no menos variado y estable que la superficie del globo. La influencia del medio sobre el habitante se traduce en cuotas estadísticas; nunca hubo en Alemania tantos caballeros andantes como ambulantes por la estepa castellana; pero tampoco hubo un autor en Alemania que se burlara de ellos en forma tan cruel como Cervantes. Cuando hablamos del materialismo alemán no nos interesa medir en cifras el favor de que goza en Alemania, pero solamente su intrínseco desarrollo, su valor relativo dentro de la cultura alemana.

Ese valor es muy alto, principalmente porque carece de contrapeso. Los alemanes no son materialistas por oposición al espiritualismo, como sucede en los países católicos. No hay dos escuelas en Alemania, como entre nosotros. Hay una escuela de pensamiento en que la Alemania se reconoce, y esa escuela, surgida de la Reforma, es analítica y determinista. El idealismo kantiano es la locura del análisis, quiero decir, es un análisis sin límites, por no decir sin escrúpulos. La diferencia de la escuela alemana con la escuela cartesiana es una diferencia inicial, más que final, una diferencia de actitud, más que de resultados. La duda metódica de Descartes empieza con una salvedad: la certidumbre en Dios, en tanto que la escuela alemana llega a Dios, cuando llega, como la última etapa del raciocinio. De este modo, la escuela cartesiana da origen al dualismo espíritu-materia, que puede considerarse como la base de un pensamiento integral, en el sentido de que pone los dos polos de un criterio metafísico completo y realista.

En cambio, el pensamiento alemán parte de la observación y es integralmente analítico. El primer descubrimiento de la filosofía alemana es el yo, y el país, hace un siglo, es rabiosamente romántico. La metafísica alemana se disuelve en el panteísmo. El espíritu de análisis, convencido de impotencia "transcendental" se convierte en un método:

es el racionalismo. Este método es el credo de la erudición, de la ciencia y de la técnica. Pero no se presta para resolver los problemas íntimos ni aún sociales del hombre. El espíritu analítico aplicado a estos problemas, determina el materialismo de tipo biológico, que es hoy día la tendencia más poderosa en Alemania y el aporte espiritual del nuevo orden.

Este materialismo nos interesa más como actitud de espíritu que como doctrina. Como tal actitud, es la extensión a todos los fenómenos humanos de un criterio formado en la observación biológica. Es indudable que la observación biológica es insuficiente para fecundar el conocimiento de la psicología y sobre todo de la moral. Los esfuerzos de una metafísica de tipo biológico para cimentar el conocimiento del espíritu han culminado en la escuela psicoanalítica, hoy agotada. En materia social, el materialismo biológico no ha resultado enteramente infecundo, puesto que ha permitido a la Alemania superar fácilmente el materialismo marxista, que no es de tipo biológico, sino simplemente mecánico, es decir, mucho más primitivo. Pero en materia moral el materialismo biológico alemán se revela hasta ahora regresivo.

Por eso ahora este materialismo, que propagan en Europa las armas alemanas, nos interesan como doctrina, o más bien, como dogma. El consiste sustancialmente en juzgar de la moralidad por la salud y de la virtud por la exhuberancia vital. En el plano individual, este dogma es falso, puesto que va contra la íntima evidencia. Pero en el plano social es seductor, puesto que si se juzga de una colectividad con criterio puramente biológico, se puede pensar que las desarmonías individuales no son más que fluctuaciones de la gran ley. He aquí pues que la nación romántica del pasado siglo, donde los imberbes Werteres se daban la muerte por pura elegancia, amenaza ahora a la Europa con un interesante criterio animalesco de los valores humanos. El movimiento de la "Fuerza por la Alegría" es apenas menos triste que su recíproca. El dogma de la pureza racial, la eliminación judía, la ley eugenésica, la divinización de la guerra alemana, la nacionalización de Dios, son variaciones del mismo tema. Del panteísmo al colectivismo biológico no hay más que un desplazamiento de objeto, pero un claro paralelismo de actitud mental: un abuso de análisis, una carencia imaginativa, una pesadez de percepción que encadena el pensamiento, sino al rigor de las palabras, al menos a la tiranía de las imágenes habituales. El materialismo nuestro es aún más falso, más abstracto, más formalista que el materialismo germánico. Nos lleva a la negación, a la incapacidad de ob-

servación y por el contraste, a un espíritu formalista y un tanto acartonado. Pero en cambio, nuestra cultura es dualista, no se concibe sin sus dos polos opuestos. El materialismo alemán es monista — con perdón de Leibnitz — Se inspira íntegramente en las imágenes biológicas y no logra salir de ellas. Les pide lo que no pueden dar y nos da una concepción de la vida donde falta mucho de lo que más importa y donde vienen groseros sustitutos de los problemas eternos.

Cuando entraban a París las tropas alemanas, fatigadas, circunspectas, ordenadas, esos jóvenes tripulantes de los tanques, radiantes de juventud, de belleza y de marcial orgullo, no podían dudar de que traían consigo, ante el enemigo deshecho, la ley del Führer con todo lo que represente. Pero tras de alguna de las buhardillas cerradas situadas en el camino del desfile se encontraba cierto octogenario, Moisés de un nuevo individualismo, que resumiendo las poderosas meditaciones de su vida entera escribía poco antes para el mundo: el porvenir dirá si la humanidad deberá continuar viviendo solamente o si será capaz de proporcionar el suplemento de esfuerzo necesario para que se realice la ley esencial del universo, que es una máquina para fabricar dioses. Sí: el orden nuevo es el desafío del rubio Wotan al genio de Europa y efectivamente el porvenir dirá de cuál de los dos lados se encuentran los dioses verdaderos y los caducos ídolos.

YRARRAZAVAL, RODRIGUEZ Y CIA. LTDA.

BOLSA DE COMERCIO

CORRESPONSALES EN EL EXTRANJERO

S. YRARRAZAVAL L.

T. E. RODRIGUEZ B.

R. YRARRAZAVAL R.

J. A. BARDELLI A.

Cables: YRAVI — Casilla 8003

Teléfonos: 69106, 69107,
68695 y 84161.

“Conciencia cristiana y guerra”

La posición del cristiano ante el actual conflicto internacional, cuyas proyecciones hondas y dolorosas no pueden escapar a ninguna conciencia de efectiva sensibilidad, constituye un problema seguramente complejo, pero no por ello menos urgente de precisar hasta en sus más mínimos detalles y consecuencias. “Estudios”, deseoso de cooperar en alguna forma a esta dilucidación, abrió en números anteriores una encuesta sobre el particular y publicó las respuestas de dos profesores universitarios que se colocaron bajo muy diversas visuales. Hoy nuestra revista puede ofrecer a sus lectores la opinión del distinguido filósofo y sociólogo argentino, don Augusto José Durelli, remitida gentilmente desde Cambridge.

“¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?”

Son momentos como los que estamos viviendo los que exigen más imperiosamente que nunca una visión clara en el cristiano. El mundo vive una vida trágica aunque algunos hagan lo imposible para no enterarse de ello. El desarrollo de la vida en el mundo ha llegado a uno de esos nudos de la historia cuyo desenlace condicionará el futuro desarrollo durante décadas de años.

Todo el desenvolvimiento de la vida humana está condicionado por el fin que tenga la guerra actual.

¿Que es lo que está en juego? ¿El principal resultado de la lucha será el mantenimiento de los imperios francés y británico o hay algo más importante?

Según sea el desenlace del drama que hoy vive el Commonwealth británico así será la orientación en el desarrollo de la historia de la humanidad.

El futuro desarrollo de la historia de la humanidad es más importante que los imperios francés y británico. Pero no es lo más importante. Hay algo que es esencial. El desarrollo de la historia de la humanidad implica el desarrollo de la vida del hombre concreto. De nosotros hombres criaturas semejantes a Dios. Lo que se está jugando es el desarrollo de nuestra vida de hombres y de cristianos.

1.—No sé de nadie que haya llamado a ésta una guerra “santa” en el profundo sentido de la palabra. Si alguien cree que la lucha actual contra el nacionalismo y el

comunismo es una guerra santa está seguramente equivocado. Se acabaron ya las guerras santas.

Las hubo. Justificadas o no. Pero las hubo. Sólo puede haber guerras santas cuando la sociedad que las emprende es cristiana, de tipo sacral o medioeval, y el fin perseguido es un fin religioso.

Sólo es posible cuando la "sociedad" es "cristiana", es decir, cuando realiza o actualiza, en el mundo de lo temporal, las verdades espirituales, religiosas, del cristianismo.

Sólo es posible cuando esa sociedad cristiana es de tipo "sacral" o medioeval, es decir, cuando en ella lo temporal representa el papel de "instrumento" en manos de lo espiritual. El imperio era santo porque no tenía un fin propio y autónomo: era un instrumento de que se servía la Iglesia para realizar en lo temporal las verdades eternas (1).

Hubo sociedades de este tipo. Con sus virtudes y sus vicios. No las hay hoy. No las habrá más. No las hay hoy: es un hecho. No las habrá más: también es un hecho que el tiempo es irreversible, la historia no camina para atrás. La guerra civil española no fué una guerra santa porque, entre otras causas, la sociedad que la emprendió ni era cristiana ni era del tipo sacral.

Para que la palabra "santo" pueda unirse a la palabra "guerra", es necesario que pueda unirse a la palabra "sociedad". Es necesario que la sociedad sea cristiana. Y es necesario además que la sociedad sea un instrumento en manos de la Iglesia cristiana. La guerra no es propio de la Iglesia sino del Estado. Es necesario que la Iglesia procure alcanzar el fin religioso perseguido, por medio de la guerra ejecutada por su instrumento el Estado. Para que ese fin sea realmente justo no creo que la guerra pueda responder a otra cosa que a la defensa ante una agresión. Y dejo aquí de lado el problema quizás el más importante, el saber si una sociedad, precisamente en la medida en que es cristiana, no ha de impedirse a sí misma toda guerra, aun las guerras santas.

Lo cierto es que hoy el Estado no es más el brazo secular de la Iglesia. Algunos podrán lamentarlo, pero es un hecho. Y ese hecho por otra parte implica un progreso: es mejor que sea así.

No quiere decir que no haya sociedades sacrales. Las hay. Alemania, la U.R.S.S., Italia, son sociedades sagra-

(1).—Estas reflexiones están inspiradas en el **Humanismo Integral** de J. Maritain. Las palabras tienen el sentido allí establecido.

das. Pero su religión no es precisamente la de Cristo. Son instrumentos de una iglesia (el partido), pero esa iglesia no es precisamente cristiana.

Hay sociedades sacrales pero no son cristianas: no pueden emprender guerras santas.

Puede que un día haya de nuevo sociedades cristianas. Para ello estamos trabajando. Pero no serán sacrales sino profanas. No podrán tampoco ellas emprender guerras santas.

Las democracias, o así llamadas democracias, no realizan hoy una guerra santa. La sociedad actual en Gran Bretaña y Francia no es cristiana. Las democracias no pueden decir que la guerra en la cual se matan sus hijos es una guerra santa. Tampoco intentan decirlo.

Las democracias modernas no son sociedades cristianas porque la idea neurálgica que las anima es una idea burguesa y el burguesismo es anticristiano (2). Lo que desde hace un siglo anima las democracias actuales es el liberalismo económico y filosófico, el capitalismo, y la indiferencia ante la verdad en sí. Ese liberalismo es bastante espurio por haberse mezclado con tendencias nacionalistas y comunistas, pero no es precisamente eso lo que lo cristianiza.

Hay muchos verdaderos cristianos en Francia y en el Commonwealth británico. ¿Quién podría sostener que no hay al menos algunos en Alemania e Italia? Pero la organización social de las democracias modernas no es una refracción en lo temporal de las verdades eternas.

Los que estamos dispuestos a jugarnos enteros por el Commonwealth británico en la guerra actual es bueno que no nos dejemos engañar. Hace un año apenas luchábamos en contra del burguesismo entronizado en Francia y Gran Bretaña.

No se trata de defender la democracia: hay que crearla. Ese era nuestro lema entonces. Ese es nuestro objetivo hoy.

Y que no tengan cuidado los seudo-católicos sobre la naturaleza de la democracia que pensamos crear. Ellos pueden acusarnos de liberalismo, y esa democracia, en efecto, no hará guerras santas, a la espera de suprimir un día las santas y las no-santas. Pero la primera cosa que hará será enviarlos a ellos, con todas las amabilidades del caso, a un campo de concentración... La llamada democracia moderna ha fracasado por su indiferencia suicida ante la ver-

(2).—Las palabras "burguesismo", "nacionalismo" tienen aquí un sentido bien determinado que he definido en *Essai sur les Mentalités Contemporaines*. Lib. Montsouris. París.

dad. Sólo el liberalismo puede ser tan tontamente suicida para luchar con el arma del voto contra aquellos que lo amenazan con el campo de concentración. "Ustedes demócratas deben respetarnos porque son partidarios de la libertad. Pero nosotros que no somos partidarios de la libertad apenas lleguemos al poder gracias a la libertad que nos han dado ustedes lo primero que haremos será liquidarlos". He ahí lo que comunistas y nacionalistas están repitiendo incansablemente a los demócratas desde hace veinte años. Esa democracia liberal desaparecerá y su muerte no será llorada por nosotros. Lo increíble es que haya durado tanto tiempo. La fórmula política de la nueva democracia será: "libertad para los que respetan la libertad".

El hecho es que ni las democracias ni los totalitarismos modernos son cristianos. **La guerra actual no es una guerra santa.**

2.—La guerra no es santa pero es justa — escribe Maritain. Es lo menos que se puede decir de esta guerra. Es una guerra justa para el Commonwealth británico.

Dos hombres no cristianos pelean. Porque no son cristianos, ¿ninguno de los dos puede tener razón? Es una tontería tan grande como el pretender que si uno de ellos fuera cristiano tendría forzosamente la razón. Los dos hombres pelean pero tiene razón aquél que defiende una causa justa.

El Commonwealth británico defiende hoy una causa justa.

¿Es tan seguro?

Los católicos tenemos un Sumo Pontífice, vicario del Señor en la tierra. No es infalible cada vez que pronuncia una palabra. Tampoco es necesario esperar que él diga algo para que ello sea verdad, porque las cosas no son ciertas porque las dice el Papa, sino que el Papa las dice porque son ciertas. Pero un cristiano no puede, de todas maneras, escuchar su palabra, sin agachar la cabeza. Pío XI no se hizo rogar para manifestar lo que pensaba sobre los responsables de la guerra que venía. "El nacionalismo es una verdadera maldición" (3). Y Pío XII tampoco se ha hecho rogar para decirnos después del estallido de la guerra lo que piensa de ella:

"Desgraciadamente hemos debido asistir a una se-

(3).—Puede encontrarse una serie de citas de la jerarquía católica sobre el nacionalismo, el racismo y la democracia, citas clasificadas y documentadas en **Nacionalismo frente a Cristianismo**. Editorial Losada. Buenos Aires.

rie de actos inconciliables tanto con las prescripciones del derecho internacional positivo como con los principios del derecho natural y los sentimientos de humanidad más elementales; actos que muestran hasta qué punto ha llegado el sentido jurídico falseado por puras consideraciones totalitarias (...). Las atrocidades y el uso ilícito de medios de destrucción, aun contra los no combatientes y los evacuados, contra las mujeres, los ancianos y los niños, el desprecio de la libertad y de la vida humana constituyen actos que llaman la venganza divina” (4).

“La concordia entre los pueblos ha sido tristemente rota. Los tratados solemnemente estipulados son a veces modificados o violados unilateralmente y sin acuerdo previo. No se oye más la voz del amor y de la amistad fraternal”. (5)

“Por segunda vez, contra su voluntad y derecho, el pueblo belga ve su territorio expuesto a las crueldades de la guerra. (...) Rogamos al Todopoderoso para el restablecimiento de la amplia libertad e independencia de Bélgica”. (6)

“(...) el noble pueblo holandés está en el teatro de la guerra contra su voluntad y su derecho, y rogamos a Dios, Supremo Juez del destino de las naciones, para que apresure la restauración de la justicia y la libertad”. (7)

“(...) imploramos a la celestial patrona del pueblo de Luxemburgo para que le dé ayuda y protección y pueda vivir en libertad e independencia”. (8)

“(...) Estamos seguros que esa desgracia (...) será condición para mayor trabajo espiritual que favorecerá la realización de la resurrección de la entera nación (francesa)”. (9)

Y un príncipe de la Iglesia, miembro de un país que no está en guerra, ha tenido el coraje de escribir cosas como éstas:

“En esta hora triste (...) queremos sólo ser la voz de

(4).—Sermón pronunciado el 24 de diciembre de 1939, delante del Sagrado Colegio.

(5).—Homilía pronunciada después de la misa de Pascua el 24 de marzo de 1940.

(6).—Mensaje al rey de Bélgica el 11 de mayo 1940.

(7).—Mensaje a la Reina de Holanda el 11 de mayo 1940.

(8).—Mensaje a la Gran Duquesa de Luxemburgo el 11 de mayo 1940.

(9).—Carta dirigida a los obispos franceses en julio 1940. Roberto Farinacci en el “Regime Fascista” atacó abierta y públicamente a Pío XII por desear la resurrección de la entera nación francesa.

la conciencia cristiana (...). La atmósfera del mundo está envenenada. La organización oficial de la mentira, el prestigio del triunfo de la fuerza material (...) amenazan hacer callar las exigencias del ideal cristiano (...). Toda guerra injusta, dictada por el orgullo, es la negación de los principios cristianos (...). El egoísmo sagrado de la patria en un nacionalismo exaltado (...) lleva en sí el culto de la guerra. Todos los medios son entonces buenos si sirven los intereses de la nación: una política así amoral, aun realizada por cristianos, no es una política cristiana. Nos lleva derecho a la barbarie en el mundo internacional... El nacionalismo pagano explota la desigualdad para establecer el imperialismo del más fuerte (...). La Sociedad de las Naciones: ésa era una idea cristiana (...). Hay una paz que resulta de la tiranía del fuerte sobre el débil o del equilibrio de fuerzas hostiles. Pero no es esa la paz cristiana (...). Se ha inmolado ya un pueblo entero (polaco) sobre cuyo martirio no podemos sino llorar".

(10)

¿Es posible expresar con más claridad quienes son en el pensamiento del Papa y de Mons. Cerejeira, los que defienden una causa justa?

Pero no es indispensable recurrir al testimonio de la jerarquía para esto. El índice de la justicia o injusticia de una guerra ha sido establecido con toda claridad hace tiempo ya por los teólogos católicos. El que rehusa el arbitraje es el que va a la guerra injustamente, y hasta último momento el nacionalismo se ha proclamado único juez de sus propias acciones rehusando toda jurisdicción superior.

3.—Pero hay algo más.

La guerra no es santa pero no es sólo justa. Muchas injusticias se han cometido en el mundo y como no sea la cuchillada que significan en el corazón de Cristo el mundo no parecería sentirlo.

En esta guerra justa está en juego la posibilidad de una mejor vida humana.

Esta no es sólo una guerra justa para el Commonwealth británico. Esta es la guerra del hombre. Se juega en el mundo el destino del hombre aunque muchos hombres no se den cuenta.

Maritain, y muchos filósofos franceses con él, rechazan el calificativo de ideológica para esta guerra. Está bien si por ideología se entiende un sistema abstracto al cual se sacrifica la realidad misma. (Sentido que se da

(10).—Carta pastoral de Mgr. Cerejeira, cardenal patriarca de Lisboa el primero de octubre de 1939.

habitualmente a la palabra "idéologie" en francés). Pero hay una "idea" profundamente anclada en la realidad y cuyo destino se juega en esta lucha. Esta idea es tan "real" que su destrucción significaría la destrucción del hombre real, la destrucción del **ser** hombre.

Si ninguna de las dos sociedades en lucha es cristiana, y las dos tienen larga historia de culpas, ¿por qué preferir la una a la otra? Porque, además de defender una de ellas una causa justa, en ella existe la **posibilidad** de una cristiandad. En una de ellas existe **libertad**.

Esa es la palabra que tardaba ya en llegar y que es la clave en la guerra actual.

El liberalismo burgués, el detestable burguesismo, es acristiano, pero significa un sistema en el que es posible la conversión. Tan es posible que las organizaciones espirituales quizás las más formidables que haya conocido la Iglesia se desarrollan en las llamadas "plutodemocracias".

¡La libertad! La sonrisa de los pseudo-cristianos ha de esbozarse al leer esto. ¿Para qué sirve la libertad?

El sistema burgués crucificó a Cristo... **pero le dejó hablar**. Que se entienda bien: Cristo puede hablar en las democracias modernas aunque se llegue a encontrar alguien que lo crucifique. **Cristo no puede hablar** en la U.R.S.S., en Alemania, en Italia. Cristo no puede hablar en la España nacionalista de la guerra santa, a pesar de sus obispos, de sus cardenales, y de su presupuesto de culto.

Cristo murió crucificado por los judíos, pero habló durante tres años y su Evangelio nos importa tanto como su muerte. ¿Qué sabría yo de la muerte y de la vida de mi Señor si hubiera venido al mundo en un país totalitario moderno? El Sermón de la Montaña fué escuchado por miles y decenas de miles quizás vieron el milagro de los panes y de los peces. El año pasado, el viernes santo, Mussolini eligió el día del asesinato del Señor para asesinar albaneses. En toda la Italia "católica" no se dejó oír una voz de protesta: o porque no la hubo, o porque si la hubo no la dejaron expresar. Y cuando hace cuatro años el viejo Papa condenó la guerra de agresión a Etiopía, su voz no fué publicada en ningún diario de Italia. Y en la España mojada aun con la sangre de los mártires de la cruzada, el caudillo suprimió íntegramente una pastoral de un cardenal de la Iglesia porque exponía sobre la patria ideas que no eran bastante nacionalistas. Esto en la España y en la Italia "católicas". Nadie ignora que en Alemania y en la U.R.S.S. la falta de libertad es mucho mayor.

La libertad es la condición indispensable para que una cristiandad pueda existir.

Hay quienes se dicen cristianos y han entregado su alma al despotismo y reniegan de la libertad. El Señor fué traicionado por uno de los suyos y el cristianismo debe sufrir el dolor desgarrador producido por aquellos que continúan la traición.

Pero sin libertad no puede haber cristiandad.

Porque sin libertad el hombre no puede ser hombre. No puede ser persona. **Y para poder ser cristiano es necesario primero ser hombre.**

El liberalismo peca por su concepción falsa de la libertad, por su indiferencia ante la verdad, y por lo que a veces llega a ser libertinaje. Pero por los engranajes del liberalismo pasa la propaganda religiosa.

En el campo de las democracias se puede sembrar la semilla de una humanidad mejor. Y de hecho esta semilla se ha sembrado. En el campo nacionalista y comunista la siembra es "totalitaria", exclusiva. Sólo puede sembrarse el odio del hombre por el hombre: el orgullo nacionalista.

Esto significa que en las democracias burguesas si no se tiene una verdadera concepción del hombre, existe un **mínimum** de respeto por lo que es un hombre. El hombre en las democracias modernas no es el hijo rescatado de Dios, el ser inmortal que trabaja en una comunidad por y para el amor. Pero el hombre en las democracias modernas tampoco es un soldado-esclavo que sirve a la nación para esclavizar a otros hombres.

El germen sembrado no ha dado aun su fruto. Las democracias no son una cristiandad. Pero sin germen cristiano no puede haber cristiandad. El germen sembrado gracias a la libertad es la esperanza, la posibilidad de una vida más humana y más cristiana. La posibilidad de una vida mejor.

4.—Hay otra razón más para que la guerra actual tenga algo de **ideológica**, al menos en cierto sentido de la palabra.

Hitler no se apoderó de ninguno de los países que ha esclavizado sin encontrar traidores que lo llamaran como a un salvador. Seyss Inquart, Henlein, Hacha, Tisso, Quinsling, Antonescu. En Dinamarca había una filial del partido nazi que preparó el terreno. Y en Holanda, en Hungría, en Yugoslavia, en Suiza, hay millares de traidores dispuestos a arrodillarse ante el dictador extranjero. Yo los llamo "traidores". Llamémoslos si se quiere "amigos ideológicos". Lo cierto es que cada país se ha-

lla dividido dentro de sí mismo, según las concepciones de vida. Y es interesante hacer notar que son aquéllos que más se gargarizan con el nombre de la patria los que la traicionarán en la primera ocasión para hacer de ella un protectorado nazi.

Y lo que digo de Hitler debe aplicarse a Stalin y al comunismo. Cuando fué necesario se forjó en Finlandia un gobierno "democrático y del pueblo". Y los dos tercios de los diputados comunistas franceses demostraron su servilismo espiritual: después de injuriar a Francia por no declarar la guerra en septiembre de 1938, se pasan al campo del enemigo cuando la declara en septiembre de 1939. Y Mussolini también encontró en Albania quienes lo recibieron como aun liberador.

Todo hombre con un minimum de conciencia de su dignidad de hombre llama a esto: traición a sí mismo y a la patria.

Pero esto puede llamarse en otra forma. Para los que creen que así Gross Deutschland se ha beneficiado, o que la dictadura del proletariado ha continuado avanzando así otro paso en su movimiento dialéctico, no se trata de una "traición". Se trata de una fidelidad a la causa nacionalista o marxista, que se sirve de una traición al hombre.

Están en lucha, pues, dos concepciones del hombre. La del hombre juguete-esclavo de la nación, del Estado, de la raza, de la sangre o de la clase. Y la del hombre hombre. La concepción que cree que el hombre es una persona.

Podemos tener justo horror por las guerras "ideológicas" y por ideologías abstractas, desencarnadas.

Pero ésta es una guerra metafísica puesto que pone frente a frente dos distintas concepciones del hombre.

Si es la causa del hombre lo que está en juego, ¿cómo explicar que un mes antes del comienzo de las hostilidades los defensores de la causa del hombre procuraran aliarse con los Soviets que lo embrutecen?

Una guerra puede ser justa sin que implique necesariamente una polarización entre los que defienden y los que embrutecen al hombre. Las democracias occidentales estaban en todo su derecho al procurar que los Soviets trabajaran por una causa justa en vez de contribuir a que se cometan nuevas injusticias. Lo explicó inmejorablemente monseñor Yu-Pin al justificar la ayuda soviética a China (11). No se trata de justificar los crímenes cometi-

(11).—Pueden verse los artículos y declaraciones publicados en Temps Présent en el trascurso del año 1938 y el artículo que publiqué en SUR (Buenos Aires): **Tres pueblos mártires.**

dos por los Soviets; se trata de conseguir que las fuerzas del mal trabajen para el bien. Así también fué legítimo el que se procurara que la Italia de los fascios no agregara nuevos crímenes a los que ya había cometido.

Lo cierto es que los Soviets, como Italia, no están con Gran Bretaña sino con Hitler (que es lo lógico), ello hace que sin discusión esta guerra sea la guerra de la defensa del hombre. Esta es una guerra justa porque el Commonwealth británico defiende a Polonia, a Noruega, a Bélgica, a Holanda, al Luxemburgo, a Grecia, injustamente agredidas, pero esta guerra es además, por las circunstancias que la rodean, la lucha entre los que creen en el valor de la persona humana y las fuerzas que quieren aplastarla.

Es la causa del hombre lo que está en juego: el saber si el hombre podrá **humanizarse, personalizarse**, ser cada vez más plenamente hombre, o si deberá ser una ficha en manos del dictador totalitario.

Pero, si ésta es la causa del hombre, ¿puede dejar indiferente al hombre? Mas ¿puede el hombre decir que es neutral en una lucha en la que se juega su propio destino?

5.—La causa del hombre y la causa de la comunidad son la misma cosa. Con diferentes palabras se expresan aspectos de la misma realidad. El fin de la sociedad es el bien común, la personalización, de los hombres que la constituyen. El Commonwealth británico no lucha sólo por el hombre, lucha al mismo tiempo por la comunidad. Por la comunidad nacional y por la comunidad internacional.

¿Piensa alguien que es posible hoy una comunidad de pueblos cuando hay uno que se cree "Herrenvolk" y considera a los otros una masa de esclavos? Los enemigos de la libertad del hombre son al mismo tiempo los enemigos de la libertad de los pueblos.

¿Es posible organizar una sociedad internacional cuando se establece que no hay otra norma de moral que el interés de la nación, de la raza o de la clase? Cuando la palabra dada públicamente pierde valor seis meses después, ¿es posible realizar una vida de relación entre los pueblos? El nacionalismo, el racismo, el comunismo, por la esencia de su doctrina misma son anti-universales, están en contra de la comunidad de todos los pueblos... y es precisamente porque está en contra de la causa del hombre.

Cristiano quiere decir discípulo de un Dios-Amor, que consideró que cada uno de nosotros tenía tanto valor en

sí mismo, por su semejanza divina, que valía el sacrificio personal de Dios.

Y católico quiere decir universal. No sólo partidario de la libertad del hombre, sino de la comunión de todos los hombres y de todos los pueblos.

¿Cómo puede ser que haya quienes se dicen cristianos y católicos, y favorezcan aunque sea por omisión la causa nacionalista, racista y comunista?

¿Cómo puede haber hombres, conscientes de su dignidad de personas, indiferentes en una lucha en la que se juega la causa del hombre? ¿Cómo puede haber pueblos conscientes de sus propios valores de cultura que se crucen de brazos cuando está en peligro la causa de los pueblos?

6.—En principio, desde el punto de vista católico, la neutralidad es insostenible.

No era necesario que viniera Cristo para que el hombre tomara conciencia de la unidad de su especie. Ya los romanos decían: soy hombre y todo lo que es humano me interesa, nada de lo que es humano puede serme extranjero.

Y dos mil años después de Cristo hay "católicos" que, afirmando su catolicismo, hablan de neutralidad frente a la lucha más trascendental que ha conocido el mundo, frente a la lucha que pone en juego los más esenciales valores humanos. Ciertamente hubo un Papa que escribió un día: "No podemos abstenernos de deplorar entre otras cosas ese funesto y pernicioso principio llamado de la no-intervención, que desde hace cierto tiempo algunos gobiernos proclaman y ponen en práctica con la tolerancia de otros, aun cuando se trata de la injusta agresión de un gobierno en contra de otro: en tal manera que, con desprecio de todas las leyes divinas y humanas, se garantiza una especie de impunidad y de libertad a quien quiere atacar y despojar los derechos de otro y sus propiedades o territorios". Eso lo escribió Pío IX el 8 de septiembre de 1860, y cuatro años más tarde generalizó y reforzó la aplicación del mismo principio introduciendo la condenación específica de la no-intervención en su famoso Syllabus (12). El Syllabus es quizás el documento más terrible que haya salido de la pluma de un Papa, pero ya sabemos que es muy bueno echar mano de él cuando se trata de atacar — deformando las palabras del Papa — las libertades del hombre, pero es mucho mejor olvidarse de él cuando así le conviene a la egoísta cobardía de nuestro burguesismo confortable.

(12).—Error número 62.

¡Qué puede importar lo que pase en la línea Mannerheim o en la línea Maginot, en el canal de la Mancha o en las montañas griegas! Estamos suficientemente lejos. O como lo espresó admirablemente un buen burgués un día de primavera: y todo el problema es que sepamos quedarnos lejos, más que locos seríamos si pudiendo balconearla desde aquí, nos metiéramos en la guerra. Eso es, se trata de balconear como se asesina a nuestros hermanos.

7.—Cierto que hay una variante. Se ha descubierto una actitud intelectual un poco más fina... pero no mucho más noble.

Mi país es neutral y debe seguir siendo neutral. Yo también debo ser neutral... pero no en mi conciencia. No se puede mandar a las conciencias, y mi conciencia está con los aliados. Mi conciencia... pero nada más.

Yo no sé lo que dirían los romanos frente a esto, aunque es probable que Cicerón se levantara indignado.

Pero sé lo que un cristiano debe decir ante esto. El "dualismo" se presentó en una época en forma de hombre religioso, separado del hombre civil. Luego el hombre civil que se separó del hombre comercial. Ahora es el hombre inteligencia que se separa del hombre **voluntad**. Y no creo que haya un sólo filósofo que pueda aceptar esto si tiene la menor noción de lo que es cristianismo. El hombre es uno sólo; pensamiento y acción. Y no es posible que cristianamente hablando el pensamiento camine en una dirección y la acción en la dirección opuesta. La falta de unidad interna es lo propio de la mentira.

Estamos de acuerdo que Francia y Gran Bretaña defienden los valores universales, nuestros valores. Estamos de acuerdo que Francia y el Commonwealth británico defienden, si no en su historia, en la guerra actual, la causa de la justicia. Pero es tan cómodo dejar que sean los británicos quienes defiendan la causa de la justicia que es la causa de nuestra conciencia. Se matan por mí, pero es preferible que se maten ellos y no yo...

Esta actitud de los beligerantes en conciencia y neutrales en hecho no sólo se resiente de mentira, en igual forma está impregnada de cobardía.

8.—Se está desarrollando la idea de que América es el nuevo pueblo mesía, el pueblo que debe guardarse celosamente a sí mismo para reconstruir la "civilización" después del desastre. ¡Oh supremo fariseísmo! América es el nuevo paraíso, el nuevo edén donde no hay disputas ni problemas humanos por resolver. Es tan preciosa, y sobre todo tan pura e incontaminada la vida de América, que no puede ensuciar sus manos en Europa ni en Asia; Que se maten ellos, así tendremos el mundo más despejado para

reconstruir después! Nosotros somos los portadores del destino civilizado de la paz y de la honradez.

Esta posición no sólo atestigua una falta absoluta de conocimiento de los hechos; el primer responsable, — al menos cronológicamente hablando — de todos los crímenes cometidos en los últimos 20 años son los EE.UU. de Norteamérica por no haber participado en la Sociedad de las Naciones. La S. D. N. no-universal nació ya medio muerta. Y los países de Sudamérica tampoco pueden decir que han resuelto sus disputas sin sangre. Y ni los del Norte ni los del Sur han resuelto uno sólo de los problemas que afectan al Continente europeo. Lo de América paraíso terrenal puede ser una buena máxima de propaganda para los que no somos americanos, pero los que conocemos las miserias de América no nos dejamos engañar tan fácilmente. Los terribles problemas de la educación humana, intelectual, moral y física, no han sido resueltos en América. Los problemas de las clases sociales, del militarismo, de la cultura política, tampoco han sido resueltos en América. El problema del indio en casi ninguna parte ha sido resuelto en forma humana. Y puede decirse que en la medida en que se trabajó para resolver estos problemas se ha seguido la profundidad del pensamiento europeo. Esos son hechos. Cualquiera puede comprobarlos.

Pero la posición de los que hablan de una América "pura y mesía" no sólo desconoce los hechos. Desconoce los propios principios en los cuales declara inspirarse. Los fariseos del americanismo prístino nos hablan de honradez, de democracia, de libertad y de justicia, e ignoran la unidad esencial del género humano.

¿Se puede ser justo y libre dejando morir a su hermano? Alguien lo intentó ya una vez: "acaso soy yo el guardián de mi hermano". Y no es por nada que Caín fué el asesino de su hermano.

Todo hombre es el guardián de su hermano.

Y los querramos o no los querramos, a nosotros nos será pedida cuenta un día de la suerte de nuestros hermanos injustamente asesinados en Europa y en Asia.

9.—Y todo esto se cobija, evidentemente, bajo el magnánimo y poco exigente nombre de la democracia. Porque es repetir ya un lugar común el decir que América es democrática. "Democracia" en los Estados Unidos, "democracia" en México, en el Brasil, en la Argentina. ¡Es un misterio lo que tienen de común todas estas "democracias"! Pero lo cierto es que con su nombre y con la excusa de salvarla, en todas partes hay quienes quieren encerrarse en su olimpo y desinfectarse las manos por miedo a contami-

narse. Pilatos, el verdadero padre del liberalismo moderno, también se desinfectó las manos...

Quizás el pecado máximo de esta pseudo-democracia que padecemos es que no ha sabido **educar**, no ha sabido formar hombres. La democracia liberal les ha dado a los hombres el gusto por la vida. La vida vale la pena de ser vivida mientras el hombre no es un esclavo de la nación o del partido... No está mal, y eso ya es mucho. Pero la democracia liberal no les ha enseñado a los hombres que hay valores superiores a la vida. No les ha enseñado que un hombre debe dar su vida antes que vivirla en forma indigna de un ser creado a semejanza de Dios. El burgués de las democracias liberales ha perdido el sentido del heroísmo. ¿Y cómo no había de ser así si la democracia liberal, ella misma, se ha cortado las manos? Ella misma se ha impedido educar dando un sentido a la vida. Había que ser **"neutral"** para ser buen liberal. Y el resultado es que las manadas de burgueses de las sociedades modernas son incapaces de hacer un sacrificio para conservar las instituciones que les permitan gozar de la vida. Hablo en términos de puro egoísmo. La falta de visión es tal que ni siquiera se sabe ser egoísta a largo alcance.

Hay, sin embargo, quienes no prometen vida tranquila al pueblo, ni hacen campañas políticas jurando que no enviarán soldados a la guerra. Hay quienes han educado a la juventud — la han **formado** para el crimen, pero la han **formado** — y no le han prometido otra cosa que sacrificio y heroísmo.

Todo el problema del mundo actual es saber si las sociedades liberales se despertarán a tiempo, si vomitarán el cloroformo.

Frente a los hombres que se juegan la vida por el crimen, es necesario que haya hombres que se jueguen la vida por la justicia. O el crimen podrá más que la justicia.

10.—La posición anterior se completa con esta otra que han puesto muy de moda los comunistas, siguiendo servilmente, como siempre, las estrictas consignas de Moscú. "Tenemos muchos problemas por resolver en casa para entrometernos en los de afuera".

Pocas veces un sofisma ha sido mejor presentado.

Lo que no nos dicen los partidarios de la neutralidad ante el crimen, es el nombre de la causa de nuestros problemas. Nuestros problemas internos tienen por causa el egoísmo burgués, el egoísmo capitalista, el egoísmo nacionalista y el egoísmo comunista. El egoísmo burgués que nos hace confundir la paz con el statu-quo y considerar las leyes sociales como enemigas de la santidad inviolable de

la propiedad. El egoísmo capitalista que ha transformado el mundo económico en una lucha a muerte por el predominio y el monopolio. El egoísmo nacionalista que pretende justificar cualquier iniquidad con el nombre de la patria, al tiempo que embrutece la conciencia de los conciudadanos. El egoísmo comunista en fin, que azuza unos hombres contra otros, como si fueran fieras, en la lucha de clases, mientras aniquila la persona por el servilismo ante el jefe de un partido. El egoísmo es la causa esencial de todos los problemas internos de América.

Y es por egoísmo que los americanos nos cruzamos de brazos ante la tragedia mundial. Por egoísmo y por cobardía.

Mal argumento entonces el que pretende que debemos consagrarnos a los problemas internos con detrimento de los externos. Matemos nuestro egoísmo y resolveremos las dos clases de problemas.

Es este mismo estado de espíritu el que subleva a los burgueses pseudo-nacionalistas cuando se realiza alguna colecta de dinero o de vestidos para aliviar los sufrimientos de las víctimas en la guerra europea. ¿Porqué no dar ese dinero, para aliviar la miseria en el interior del país? Pero por una extraña coincidencia no he conocido todavía uno sólo de los que así hablan que haya dado un sólo centavo para aliviar los sufrimientos en el interior de la República, mientras son muchos los que se esfuerzan con su caridad y su trabajo para socorrer a los que sufren fuera y dentro del país.

11.—La neutralidad no es sólo egoísta, sino que es estúpidamente egoísta. Es el egoísmo cerrado y miope del burgués. Es en Sudamérica donde los pseudo-nacionalistas hablan de neutralidad, ella es la mejor prueba de que no son sino burgueses disfrazados. Ningún país realmente nacionalista es neutral: el nacionalismo asesina, pero no se lava las manos. La neutralidad responde al egoísmo burgués, a un muy mal entendido egoísmo. Es suicida para los países que creen salvarse con ella.

Hay en el mundo una justicia inmanente que se venga casi siempre de los egoístas mostrándoles que es precisamente su egoísmo lo que los perdió.

Cuando estaba en Francia los hermosos jóvenes nacionalistas franceses desfilaron por las calles gritando: "Nous ne voulons pas nous faire casses la gueule pour le négus. Vive Mussolini. A bas l'Angleterre". Y hoy Francia sufre una guerra, que esperamos no signifique su muerte, porque Laval dejó destruir la seguridad internacional y no aplicó lealmente las sanciones a Italia. El coronel Beck

desde que Hitler llegó al poder, fué su mejor colaborador en la tarea de minar la Sociedad de las Naciones. Y cuando se trató de despedazar a Checoeslovaquia, saltó sobre un pedazo. Polonia está purgando hoy las culpas del coronel Beck. Cuando se invadió a Finlandia, Suecia y Noruega se opusieron a la ayuda eficaz. "Neutralidad ante todo. Paz es nuestro objetivo". No pasó un mes que Noruega saldó lo que debía ¿De qué sirvió a Bélgica y a Holanda su neutralidad ante la agresión, sino para ser más fácilmente agredidas? Y por encima de todo quizá, Gran Bretaña está pagando sus culpas por haber pensado que el Manchukúo estaba lo suficientemente lejos como para no pensar en él. El Manchukúo fué la primera violación al derecho internacional: fué la hendidura por donde pasaron todas las otras. Hoy Estados Unidos es el único vendedor de mineral de hierro al Japón, país que no tiene mineral de hierro. Y la consigna aquí es: "Keep out of the war". La historia todavía no ha terminado. Esperemos.

Quizás en última instancia la justicia y la caridad constituirían para un burgués inteligente, la mejor forma de egoísmo. Y el egoísmo la mejor forma de perderse.

12.—Hay otra actitud frente a la guerra, la del pacifista integral u objetor de conciencia. No por más noble es menos errónea.

Si el nacionalismo es la peor y más grave herejía contemporánea y una peste universal, la nación, sin embargo, es una creación divina.

La nación es una vocación. Dios "llama" a todos los pueblos. Los llama para que cada uno con su color integre el arco-iris de su cuerpo místico universal. Y el **color** de cada pueblo, lo que tiene de propio e irremplazable y ha hecho pasar a sus obras de cultura, el color le pertenece a cada pueblo porque le fué dado por Dios. Es la forma, el lenguaje, que Dios quiere que cada pueblo emplee para amarle y llegar hasta él.

Si existiera una sociedad cristiana, realmente y totalmente cristiana en sus instituciones y en sus miembros, podría llegar a concebirse el sacrificio integral, el sacrificio de la vida y de la forma de vida, de la nación toda y de su cultura, en aras del amor divino del Señor. La no resistencia al mal sólo es posible en sociedades que son "santas". El aniquilamiento total podría tener entonces el significado de perpetuación del sacrificio de la Cruz. El, el único inocente, el único completamente inocente, murió sin resistencia para mostrarnos que el amor es más fuerte que la muerte.

Pero para que un sacrificio "sobrenatural" pueda dar

sus frutos "sobrenaturales", es necesario que el sacrificado tenga conciencia del sentido profundo de su sacrificio, de su dignidad de ser "sobrenaturalizado". En una sociedad no-cristiana el aniquilamiento por no-resistencia al mal es un absurdo. Un Cristo muriendo en la cruz sin darse cuenta que está salvando al mundo es incomprendible. Un no-cristiano puede responder "naturalmente" a la voluntad de Dios, pero para dar su vida por el Amor, completando el sacrificio de la cruz, es necesario que comulgue al menos confusamente con el Dios del Amor.

El absurdo y la confusión en las ideas llega al punto de que aquellos que creen, aun erróneamente, que las democracias modernas son cristianas, son los que desean defenderlas por la fuerza; y aquellos que admiten que no son cristianas están dispuestos a sacrificarlas como nuevo Cristo inmaculado.

Pero hay más. Aun en el caso de Cristo, el Señor entregó su vida pero no dejó aniquilar su Evangelio. El murió, pero la obra de su espíritu podría propagarse y se propagó. Hubo mártires pero los mártires hablaban en las plazas. ¿Cómo puede compararse una situación semejante con la creada por las dictaduras modernas? En la más "católica" de todas, la España nacionalista, un cardenal no puede hablar sin permiso del caudillo, y cuando el cardenal lo intenta, el general cierra violentamente la boca del cardenal...

Los checos murieron sin resistencia. ¿Puede alguien pretender que su sacrificio fué para el bien "natural" o "sobrenatural" de los hombres? El único resultado del sacrificio de los checos fué el asesinato de los polacos.

Vivimos en un mundo en el cual es necesario conquistar por la fuerza la libertad de expresar la excelencia de la no-resistencia.

Y pertenecemos además a una sociedad carnal, nuestra patria, sociedad espiritualizada, sociedad que debemos espiritualizar, pero sociedad carnal, pues nosotros no somos espíritus puros. Somos hombres: cuerpo espiritualizado, espíritu encarnado. El día del juicio resucitaremos con nuestro cuerpo y con todo nuestro "color". Esa también es la obra de Dios y no podemos entregarla sin defenderla.

La no-resistencia al mal en el caso concreto de la guerra actual es una prima a las fuerzas demoníacas de aplastamiento del hombre.

13.—Hacer historia no es plantear correctamente el problema. Cuando se hace historia nadie está libre de cul-

pas. ¿Cómo podría haber naciones inocentes si no hay nombres que lo sean?

No creo haber encontrado un solo francés o inglés medianamente inteligente que no reconozca las culpas históricas de Francia y de Gran Bretaña. Pero, cosa curiosa, signo de los tiempos, parece que la historia sólo registra pecados en la conciencia de Francia y Gran Bretaña. Esta de moda hablar de Versailles y de la post-guerra. ¡Pero que yo sepa la historia del mundo no empieza en 1918! He encontrado franceses e ingleses que se golpean el pecho por pecados que cometieron sus abuelos, pero no he encontrado nacional-socialistas que objeten algo a la desvergonzada política del cínico Federico II, o a la de Bismarck, o a la de Guillermo II.

En este terreno podemos decir que Versailles **explica** a Hitler como Guillermo II y Bismarck **explican** Versailles. Tendremos que seguir ascendiendo a Napoleón por un lado, a Federico por el otro. Y la cadena de **explicaciones** sólo termina en el pecado de Adán. Todos los pecados posteriores quedan explicados por el pecado de Adán. Pero si un crimen puede **explicar** otro crimen, en ninguna manera lo **justifica**. Y si creo que no pueden justificarse los errores cometidos por la diplomacia francesa estos últimos veinte años, de ninguna manera pueden encontrar justificativo los errores, que ya son crímenes, cometidos por Hitler y por Mussolini en los últimos tres años. Y estos crímenes no afectan ya a una nación o a dos; estos crímenes no afectan sólo a Francia y a Gran Bretaña, ni a Polonia, a Checoslovaquia y a Austria, ni a Albania, a Etiopía, a Grecia y a Finlandia. Estos crímenes afectan al **hombre**, afectan al universo entero.

Cuando observamos la actitud que está tomando el Eire, miembro del Commonwealth británico, en la lucha actual, es necesario repetir el mismo razonamiento. ¿Cómo no recordar las innumerables injusticias sufridas por los irlandeses! Es fácil comprender y explicar las actuales desconfianzas y rencores. Pero las injusticias sufridas y los viejos rencores no pueden justificar el que se dé una prima al criminal, esperando quizás secretamente que la mano del criminal venga las pasadas injusticias y satisfaga los presentes rencores. (13)

(13).—La actitud que ha tomado el Eire en la guerra actual sería un interesante objeto de reflexión para los pseudo-nacionalistas, y en general para la mayoría de los medios latinoamericanos, que ignoran completamente lo que es el Commonwealth británico, y la intensidad de libertad que deja a sus miembros.

14.—¿Es necesario entonces que mañana mismo los países de América envíen sus tropas a Europa?

La neutralidad momentánea de un país puede ser legítima. Un pueblo no es un solo hombre. Y no se puede enviar a la guerra a un país si en su conjunto los hombres que lo componen no han tomado conciencia de la realidad de esa guerra, de los valores que en ella están en juego. Y ello precisamente porque se trata de hombres, personas humanas. Digo "en su conjunto": no quiere decir evidentemente que haya que esperar a que el último se convenza. Pero una nación no puede, en cuanto alma colectiva, luchar por una causa que no comprende.

Pero es un caso completamente extremo, casi diría hipotético. Por otra parte hay muchas formas de ayudar a la causa de la justicia antes de empuñar las armas. O a la espera del momento en que se deba empuñar las armas.

El 31 de agosto de 1939, tres días antes de la declaración de la guerra, el 88% del público de los Estados Unidos opinó que Gran Bretaña, Francia y Polonia no debían aceptar las demandas alemanas sobre Dantzig. El 7 de septiembre, 82 por ciento señaló a Alemania como responsable de la guerra. Es casi imposible encontrar en la historia una nación que tenga una opinión más clara y categórica, y una conciencia más formada sobre un determinado acontecimiento. Pero en el mes de octubre sólo el 3,3% estaba dispuesto a ir a la guerra.

En los Estados Unidos hay institutos que pulsan periódicamente la opinión pública. De los países sudamericanos no es posible presentar estadísticas. Pero, grosso modo, la opinión no se aleja mayormente del hermoso ejemplo que nos da la gran democracia del Norte.

Si creemos realmente que nuestra patria no puede luchar por una causa que no comprende, entonces nuestra primera obligación espiritual, habiendo tomado conciencia de la causa defendida por uno de los beligerantes, es poner de acuerdo nuestra acción con nuestra conciencia, y trabajar para que en nuestra patria se llegue a comprender lo que ya hemos comprendido. Y una vez la comprensión realizada, pueda actuar según lo indica la conciencia.

15.—Hay quienes se dicen partidarios de Francia y Gran Bretaña "en espíritu", pero neutrales "en acción". Esa actitud es la máscara con que pretende disfrazarse el egoísta y el cobarde.

Hay quienes se creen portadores de la palabra sagrada y de los incólumes valores eternos de la "civilización".

Lo único eterno es el fariseo que renace en cada época y en cada lugar.

Hay en fin quienes de corazón y de espíritu desean que triunfe Stalin y Hitler, y el Japón y Mussolini. Tienen al menos el mérito de la lógica. Son las almas que aman vivir esclavas. Que adoran la fuerza y el triunfo de la fuerza. Son las almas que sienten por el triunfador brutal la admiración femenina de las mujeres que les gusta que les peguen.

Pero tenemos el derecho de no ser cobardes ni egoístas. Tenemos el derecho y el deber de golpear nos el pecho humildemente por la responsabilidad que a todos nos corresponde en la tragedia presente. Tenemos en fin la obligación de no dejarnos llevar por el sadismo de los vencidos, ni por el orgullo frenético de los que, quizás antes de tiempo, se sienten vencedores.

El cristiano sabe que el reino de Dios no es de este mundo. Pero sabe que el reino de Dios empieza a formarse ya en este mundo. Y el reino del Señor no puede crecer sin la libertad necesaria a los hijos de Dios.

El Commonwealth británico defiende hoy esa libertad.

Un cristiano conciente de su cristianismo no puede hoy sino estar con el Commonwealth británico.

A. J. D.

"EL IMPARCIAL"

DIARIO DE LA TARDE

Las mejores informaciones.

No explota la crónica roja.

Departamento de Propaganda en San Diego 67

El Papa y la Paz Europea

Tomamos del discurso de Navidad de S. S. Pío XII, los siguientes acápites que esbozan los fundamentos de una paz verdadera:

“Hace exactamente un año, venerables hermanos y amados hijos, desde este mismo sitio formulamos ciertos principios respecto de las presuposiciones esenciales de paz que se ajustarían a los principios de justicia, equidad y honor y que la harían así duradera. Y si la siguiente marcha de los acontecimientos ha retardado su aplicación para una fecha posterior, sin embargo las ideas entonces propuestas no han perdido nada de su prueba intrínseca y realidad, ni la fuerza de su aplicación moral.

ASPIRACIONES A UN NUEVO ORDEN

“Hoy nos encontramos ante un hecho de considerables consecuencias, como síntoma. De las apasionadas polémicas de las facciones en guerra, respecto de sus objetivos de guerra y del ajuste final de la paz, surge cada vez más claramente definida la casi universal opinión que sostiene que la Europa de antes de la guerra, como también su estructura política están pasando por una transformación tan grande que ya señala el alba de una nueva era.

“La Europa y su sistema de estados, se dice, no serán como antes; algo nuevo, mejor, más evolucionado, orgánicamente más sano, libre y más fuerte debe reemplazar al pasado, con el fin de eliminar sus defectos, su debilidad y sus deficiencias, que se dice han sido revelados en forma convincente por los actuales acontecimientos.

“Es verdad que los diversos partidos difieren en sus ideas y miras; concuerdan, sin embargo, en su deseo de que se llegue a un nuevo arreglo y no consideran posible o deseable el simple retorno a las condiciones anteriores.

“No es el deseo de la novedad suficiente para explicar tales corrientes de opinión y tales sentimientos. A la luz de las experiencias de nuestra época de afanes, bajo la presión abrumadora de sacrificios que exige e impone, este nuevo conocimiento y las nacientes aspiraciones cautivan la mente y el alma. ¡Es el conocimiento claro de los defectos de la época actual! Y esto determinará la orientación hacia una nueva distribución que asegure las bases jurídicas de la vida política e internacional.

“Nadie puede sorprenderse de que este deseo pulsativo es sentido más agudamente por aquellos grandes sectores que viven de su trabajo manual y que están sujetos, tanto en la paz como en la guerra, más que otros, a los amargos resultados de la dislocación económica, ya sea ésta interna o internacional. Menos aún se sorprenderá la Iglesia, puesto que ella, como Madre de todos, tiene especial aprecio y comprensión del grito que se escapa espontáneamente de la atormentada alma de la humanidad.

ACTITUD Y ACTIVIDADES DE LA IGLESIA

“En medio del contraste de sistemas que forman parte de nuestros tiempos y que dependen de ellos, la Iglesia no puede ser llamada a favorecer al uno o al otro.

“En la órbita del valor universal de la Ley Divina, cuya autoridad obliga no sólo a los individuos, sino también a las naciones, hay amplio espacio y libertad de acción para las formas más variadas de opinión política; mientras que la aplicación práctica de un sistema político o de otros depende en gran parte y a menudo en forma decisiva sobre las circunstancias y causas que en sí son consideradas extrañas a los fines y acción de la Iglesia.

“Como Protectora y heraldo de principios de fe y moral es su solo interés, su sola preocupación conducir las claras aguas de la fuente del patrimonio y valores de la vida cristiana por medio de la educación religiosa a todos los pueblos sin excepción, con el fin de que cada pueblo en su forma propia y peculiar pueda gozar en la comunidad cristiana los impulsos ético-religiosos para establecer una sociedad que sea humana, digna de alabanzas, elevada espiritualmente y una fuente de bien verdadero.

“Más de una vez ha tenido que predicar la Iglesia a oídos sordos; la dura realidad, predica ahora a su vez y ante su grito los oídos que hasta ahora estaban sordos se vuelven atentamente hacia la voz maternal de la Esposa de Cristo. Muy a menudo los tiempos difíciles más que los tiempos de prosperidad están plenos de lecciones inapreciables del mismo modo que la adversidad es muy a menudo mejor maestra que el éxito fácil. “Sólo los vejámenes os harán comprender lo que oís” (Isaías XXIX, 19).

“Esperamos en Dios que la humanidad entera y cada nación particular, saldrá de la actual escuela triste y sangrienta más sabia, más experimentada y más madura; que será capaz de distinguir con clara visión la verdad de la apariencia decepcionadora; que volverá su oído atento a la voz de la razón, tanto si es agradable como no, y hará oídos sordos a la retórica vacía del error; que formará por sí misma la convicción de la realidad; que considerará seriamente la función del derecho y de la justicia, no sólo cuando se trate de buscar el cumplimiento de sus propias demandas, sino también cuando deben ser satisfechas las justas demandas de los demás”.

CONDICIONES PARA UN ARREGLO SOLIDO Y VERDADERO

“Sólo con esa disposición mental se puede entrar en la frase atractiva, nuevo orden, de contenido bello y digno, estable, basado en las normas de la moralidad; y sólo así se evitará el peligro de concebirlo, o de moldearlo como un mecanismo puramente externo impuesto por la fuerza, sin dignidad, sin valor.

“Sólo así se podrá dar a la humanidad una nueva esperanza que la calme, un fin que responda a sus nobles aspiraciones; el poder oculto y franco, opresivo y ruinoso de la discordia crónica que pesa sobre el mundo desaparecerá.

“Pero los requisitos indispensables para este nuevo orden son:

“1.º—El triunfo sobre el odio, que es hoy la causa de división entre los pueblos; por consiguiente, renunciación a los sistemas y prácticas de los que ese odio recibe alimento constante. De hecho, ciertas formas de propaganda desenfundada que no vacilan en alterar la verdad, mantienen día a día y hora por hora a la

opinión pública de las naciones enemigas en una luz falsificada y ofensiva. Pero cualquiera que de verdad ansíe el bienestar del pueblo, que desee cooperar a preservar de un daño moral y espiritual incalculable las bases de la futura colaboración de los pueblos, estimará que es un deber sagrado y una misión noble no permitir que se pierdan del pensamiento y sentimientos de los hombres, los ideales naturales de la verdad, de la justicia, de la cortesía, de la cooperación en hacer bien, y sobre todo el ideal sobrenatural y sublime del amor fraterno traído al mundo por Jesucristo.

“2.º—El triunfo sobre la desconfianza, que ejerce una influencia deprimente en el derecho internacional y hace imposible realizar ningún acuerdo sincero; por consiguiente, vuelta al principio: fe, hermana incorruptora de la justicia (Horacio — Oda I — 24 — VI — 7); vuelta a esa fidelidad en la observación de los pactos sin la cual les es imposible a las naciones vivir juntas a salvo, especialmente cuando existen naciones poderosas y débiles unas junto a otras.

“Los cimientos — dijo la antigua sabiduría romana, — los cimientos de la justicia son la fe — esto es, constancia y sinceridad en lo que hemos dicho y convenido, (Cicerón — De Officiis — I — 7 — 23).

“3.º—Triunfo sobre el principio congojoso de que la utilidad es la ley básica de los derechos y de que la fuerza hace el derecho; principio que determina que las relaciones internacionales funcionen en detrimento de aquellas naciones, que a causa de su lealtad tradicional a los métodos pacíficos, a su menor capacidad para la guerra, no quieren o no pueden luchar con las demás; vuelta, por consiguiente, a una moralidad seria y profunda en las normas que regulan las relaciones entre las naciones; esto evidentemente no excluye el derecho de buscar lo que es a la vez legal y útil, ni excluye tampoco el derecho con razón y de acuerdo con la fuerza de la ley defender los derechos pacíficos atacados violentamente o reparar el daño que se hubiere hecho contra los mismos.

“4.º—Triunfo sobre los gérmenes de conflictos que consisten en una diferencia demasiado estridente en el campo de la economía mundial. Por consiguiente, acción progresiva, equilibrada por las garantías correspondientes, para llegar a un acuerdo que le dé a cada Estado los medios necesarios para asegurar un standard de vida adecuado a sus ciudadanos de todas las clases.

“5.º—Triunfo sobre el espíritu de frío egoísmo que fácilmente conduce no sólo a la violación del honor y la soberanía de los Estados, sino también llega a obrar contra la justa y disciplinada libertad de los ciudadanos. Debe ser suplantado por una solidaridad sincera en lo jurídico y económico, una colaboración fraternal de acuerdo con los preceptos de la Ley Divina, entre los pueblos seguros de su autonomía e independencia. Mientras el estruendo de las armas continúe en la dura realidad de esta guerra, habrá pocas esperanzas de que se realicen actos definidos en el sentido de la restauración de esos derechos moral y jurídicamente imprescriptibles.

“Pero sí convendrá desear que desde ahora esta declaración de principio en favor de su reconocimiento, pueda calmar la agitación y el rencor de tantos que sienten amenazada o herida su existencia misma, o el libre desenvolvimiento de sus actividades”.

**“El burgués es un chanchito
que desea morir de vejez”.**

León Bloy.

Un llamado al heroísmo y a la responsabilidad del cristiano, y un índice de fe en el poder de lo invisible, es

**“LEON BLOY, EL PEREGRINO DE
LO ABSOLUTO”**

Por JAIME EYZAGUIRRE

Precio: \$ 6.

Se vende en todas las librerías.

Pedidos contra reembolso a “Estudios”, Casilla
13370, Santiago.

El mejor tónico cerebral

“FITOSAN”

del INSTITUTO SANITAS

**base de fósforo, calcio y
magnesio.**

Filosofía y Pedagogía

"PERSONA, INDIVIDUO Y PROPIEDAD", por Alejandro Huneeus y Armando Roa.

Los últimos aspectos de un debate doctrinal de grandes proyecciones.

"EXPERIENCIA Y EDUCACION EN DEWEY", por Alfredo Lefebvre.

Una glosa a las teorías pedagógicas de John Dewey.

Persona, Individuo y Propiedad

Recordarán nuestros lectores que con ocasión del ensayo publicado en "Estudios" por el Dr. Armando Roa sobre "Esencia del marxismo" se suscitó un debate sobre el alcance que allí se daba al derecho de propiedad. En el número de octubre se dió cabida a un artículo de D. Alejandro Huneus, en que formulaba diversas observaciones a la doctrina del Dr. Roa y asimismo a la respuesta que éste daba a tal impugnación. Agregamos hoy la réplica del Sr. Huneus y dúplica del Dr. Roa, con las que pone "Estudios" término al debate que ha permitido a ambas partes exponer en extenso sus puntos de vista sobre capitales materias filosóficas y sociológicas.

Alejandro Huneus.

I

Me parece entender con exactitud y en la forma más clara posible dentro de la filosofía el pensamiento del Dr. Roa expuesto en "Estudios" (número de octubre), en el modo siguiente:

1.—El hombre individuo se constituye por la esencia del hombre individualizada por la materia del cuerpo humano determinada por la cantidad. Es necesario reponer esa materia del cuerpo que se gasta y de aquí nace el derecho a la propiedad de las cosas materiales que se necesitan para esa reposición y lo mismo da para esta reposición que sean gastadas individual o colectivamente con tal que ella se verifique.

De aquí la trascendental conclusión:

La propiedad estable de las cosas exteriores, del hombre como individuo, no es de derecho natural.

2.—El trabajo es actividad transformadora de materia que el hombre individuo asimila; asimilada la materia en forma perfeccionada recupera el hombre cuanto gastó en trabajo.

El producto del trabajo es de quien lo realiza y la energía ulterior que se produce es mayor que la gastada en el proceso de asimilación de la materia. Si a un hombre se le quitara el producto de este trabajo, pagándole lo justo, se le bestializa impidiéndole todo progreso; no produciría mayor cantidad de energía.

3.—No toda la materia trabajada se incorpora al individuo, el excedente no pertenece al capitalista ocioso, integra el bien común de la sociedad. La sociedad no es mero agregado mecánico, sino una unidad vital, constituye la plenitud de la especie en la línea misma del ser humano (la plenitud ontológica). El individuo se debe a la sociedad; ésta recibe el producto total del trabajo. A la sociedad, pues, no se le entrega "lo superfluo", "se le entrega todo". "Esta es la gran doctrina del comunismo de uso de S. Tomás". La administración de los bienes es personal, su uso comunitario. La comunidad es la que distribuye para el consumo.

4.—La realización histórica en concreto de la propiedad, no pertenece, según la doctrina de S. Tomás y los Padres de la Iglesia, al derecho natural, sino al derecho de gentes.

El derecho natural se funda en la naturaleza de las cosas, no en su existencia; por eso “nunca puede establecer principios concretos y estables orientados a la existencia, de suyo contingente y temporal”.

5.—La persona y el individuo se distinguen realmente según un principio básico de la filosofía de S. Tomás. El hombre como individuo es una parte de la especie; la sociedad como se ha dicho antes es la plenitud de la especie.

Además de la esencia individual y de la existencia, se sobrepone al individuo la realidad ontológica llamada subsistencia que sirve para agotar o limitar la existencia, en esa esencia individual.

La existencia como no tiene naturaleza específica, no se adapta exactamente a potencias determinadas. Tiene aptitud para actualizar todas las esencias. “Al unirse a una esencia que es potencia frente a ella no queda limitada, cerrada. Podría unirse simultáneamente a otras esencias y darse, como lo han creído algunos filósofos, una sola e idéntica existencia para todas las cosas, lo cual constituye un panteísmo curioso y profundo. Billot ha caído en error al considerar la existencia el último principio de la personalidad. La substancia individual, racional y la existencia, y además la subsistencia, constituyen la persona.

6.—“La persona, pues, no es parte de una sociedad; es un todo que tiene su acabamiento en Dios”; el bien común de la sociedad debe servir a la persona; la persona es racional y libre; debe valerse de medios que resguarden su libertad, la apropiación personal tiene ese objeto. El poseer y administrar los medios de producción deja a salvo de la tiranía de los otros. La propiedad personal se refiere a los bienes estables, en su carácter de bienes útiles, o de medios para ulteriores fines. “La persona desea lo indispensable para la vida, lo demás integra el bien común”.

Esta propiedad personal es la aceptada por S. Tomás y la Iglesia y es la defendida por León XIII y Pío XI.

7.—La exclusión de otros que es legítima en la administración es ilegítima en el uso de los bienes, el cual es común por derecho natural; S. Tomás apoya esta tesis en la ley divina según la cual los bienes de la tierra no se destinan a tal o cual, sino al hombre en general.

Equivocadamente se ha disminuído la fuerza de esta doctrina haciéndola efectiva para el solo uso de lo superfluo; esto ha sido muy bien apreciado por J. Maritain.

Conclusiones del Dr. Roa:

Es mejor que la administración de los bienes se haga privadamente de acuerdo con la naturaleza autónoma de la persona humana. “El uso debe hacerse en común según S. Tomás. El individuo tiene derecho a una riqueza mayor que la que equivale únicamente a la energía del trabajo gastado.

La apropiación de los bienes es de derecho natural; el modo histórico concreto es de derecho de gentes.

La propiedad tiene razón de bien útil o de medio con relación al fin del hombre que es Dios.

La propiedad capitalista tiene su justificación en la deificación cartesiano-espinozista de la extensión. Es en general producto del robo y de la estafa; el fundamento y el sistema es antinatural y anticristiano.

II

No quiero abundar en palabras, estimo que en Filosofía, mientras más precisión, sencillez y claridad exista en los conceptos y mientras menos palabras se usen sin perjuicio de la claridad, es mejor. En las jerarquías del entendimiento, las más perfeccionadas van entendiendo por conceptos o especies, cada vez menos numerosas y más perfectas en su esencia, como pasa con los ángeles de las jerarquías más elevadas, según lo afirma y prueba S. Tomás. Buena y justa es, pues, la aspiración de percibir muchas relaciones en las cosas y hacer síntesis cada vez más perfectas y enriquecer y perfeccionar conceptos, siempre que estas síntesis, conceptos y relaciones de las cosas sean verdaderas, inteligibles y claras.

Una de las notas fundamentales de la filosofía perenne y en ella especialmente de la metafísica es justamente con su profundidad su diáfana claridad.

A través de las líneas fundamentales de la metafísica de la verdad, de la metafísica de la escolástica de S. Tomás se ve con claridad hasta el fondo, como a través de las aguas cristalinas de un arroyo de profundo cauce se ven las piedrezuelas de su lecho.

Terminado el preámbulo entro de lleno en materia con este juicio de síntesis general de toda esta exposición del Dr. Roa: Pocas veces he visto en un joven filósofo católico, tan bien inspirado y leído como el Dr. Roa, una confusión tan grande de conceptos filosóficos, éticos y metafísicos.

1.—En la filosofía estrictamente tomista (no sólo de Billot, sino de multitud de autores); en la línea de la esencia de las cosas la forma se individualiza por la materia determinada (o signada) por el accidente real llamado cantidad; en la línea del ser de las cosas, estas se individualizan por el acto de ser exigido, pedido, limitado por la esencia de las cosas. Es grave error metafísico considerar el acto de ser en concreto como ente creado, subsistiendo independiente de cada esencia y con posibilidades de actuar varias esencias. Es un ente determinante para cada esencia, aunque realmente distinto de ella, no puede concebirse separado de ella, determina a la esencia en la línea del ser la completa y perfecciona en la línea del ser según las posibilidades de esa determinada esencia.

Según la escuela estrictamente tomista, según S. Tomás, en la esencia o naturaleza racional el acto de ser, da la personalidad, la constituye, le da el ser subsistente; en una persona, hablar de la naturaleza racional y de su existencia, o acto de existir, y además de una realidad ontológica llamada subsistencia, es hallar palabras, y no entender a S. Tomás y a la escuela estrictamente tomista, para quienes tal realidad no tiene razón de ser, no se prueba, no existe. (Confieso que en esto Maritain se separa de S. Tomás y piensa de otra manera) (1).

(1) "Degrées du Savoir" (2.a edic.), pág. 848.

En la naturaleza humana de Cristo, tenemos naturaleza individual, alma humana determinada a informar materia determinada por la cantidad, un cuerpo humano; pero dicha naturaleza no es individuo o persona humana; porque no tiene acto de ser propio que la determine en la línea del ser; está determinada en la línea del ser, por el acto de ser del mismo Dios, por la personalidad del Verbo de Dios. Esta es la razón según S. Tomás, por la cual en Jesucristo hay dos naturalezas y una sola persona, pues hay un solo acto de ser, el del Hijo de Dios. En su infinitud el acto de ser de Dios es el único que puede unir en la línea del ser otras naturalezas creadas; el único que puede actuar simultáneamente otras naturalezas (1).

La distinción entre hombre individuo o sea, substancia individual con su acto de existir, y hombre persona con otra realidad llamada subsistencia, es un absurdo que no se consibe en la metafísica de S. Tomás.

Así como la naturaleza humana en Cristo, no es persona, porque no subsiste, sino con el único acto de ser de Cristo, que es el de Dios, así la mano en Sócrates no es algo subsistente porque no existe sino con el único acto de ser de toda la persona de Sócrates.

En la metafísica de S. Tomás decir "el hombre individuo" es lo mismo que decir una naturaleza racional con existencia propia que la individualiza, es lo mismo que decir persona.

2.—Algunos filósofos tomistas, (2) han propiciado la distinción del hombre como individuo, entendiendo por esta consideración, el hombre en su individuación material, en su parte animal, distinguiéndolo del hombre como persona, considerando su parte racional; esta distinción la hacen según el aspecto social, y como una distinción de razón con fundamento "in re", tal como en la metafísica de S. Tomás distinguimos la animalidad de la racionalidad en el hombre, y según esa distinción quieren atacar el individualismo y marxismo que han olvidado los deberes que impone a sus semejantes y a la sociedad la parte racional del hombre, lo que llaman el hombre como persona.

Estas dos diversas consideraciones, distintas con distinción de razón, pueden hacerse, no repugnan a la metafísica verdadera. Pero creemos con autores modernos de nota (3) que esta distinción es inconveniente bajo el punto de vista social, porque no resuelve el problema y se presta a graves confusiones. Fácilmente se engendra en los lectores una idea de vivisección de la personalidad, una consideración como de división real de la misma personalidad humana. En el terreno de la verdadera filosofía del derecho, de la ética, existe la concepción bien fundada en la metafísica de un solo supuesto o persona, que es sujeto de derechos y deberes, ya sea individuales ya sea sociales; es decir de este sujeto para consigo mismo y sus semejantes, en particular y de este

(1) Idem, pág. 350 al fin.

(2) Gillet, Garrigou - Lagrange.

(3) Véase el interesantísimo artículo de la revista "Estudios" de Buenos Aires, por Ismael Quiles, octubre de 1939; la exposición del P. Descoqs: "Archives de Philosophie", XIV, II-1938; G. Marcel: "Recherches Philosophiques", IV, 1934-1935.

mismo sujeto para con la sociedad y vice-versa, y se hace ver la errónea y trunca concepción del individualismo que pone al hombre como fin de sí mismo, olvidando el destino eterno, y los deberes para con los semejantes y la sociedad. Y al marxismo se le hace ver su error de poner el fin del hombre en la materia; olvidando su destino eterno y los derechos y deberes individuales que tiene.

3.—Al hablar del hombre como individuo, entendemos hablar de un hombre existente como individuo; y según lo expuesto hablamos pues, de una persona humana, llámese esta Pedro, Juan o Diego. Por eso decimos, el hombre como individuo, o la persona humana, según la doctrina católica, de los Padres de la Iglesia, de S. Tomás, de los Papas León XIII y Pío XI, en el estado presente de pecado original no es indiferente el colectivismo de bienes estables, o “la apropiación en justos límites; sino por el contrario existe la propiedad justa de los mismos como precepto en general”. (1)

4.—En la parte de ética de nuestra filosofía perenne (2) probamos que no existe el derecho de apropiarnos bienes consumibles para reparar nuestras fuerzas, nuestra materia gastada y vivir, sino para poseer otros bienes estables, con propiedad estable, mediante el justo título de derecho natural de la ocupación, del trabajo en un bien estable propio, a título de herencia y con los demás títulos justos, derivados, de transferencia de dominio, dentro de los límites justos que la autoridad puede determinar en cierta medida, según el bien común.

No repugna a la naturaleza humana, y al hablar así, se entiende la naturaleza humana en concreto, individualmente existe, el que el trabajo se ceda a otro a cambio de un justo precio material; en la concepción cristiana el trabajo representa el valor de la vida de un hombre socialmente considerado, es decir, con aptitud de constituir una familia normal o en la obligación actual de sustentar la familia ya constituida.

Con respecto a los bienes estables, los Padres de la Iglesia no han hablado de “derecho de gentes”. S. Tomás fué quien habló de derecho de gentes al referirse a la división o apropiación de los bienes, así como también dijo que la ley “no hay que matar”, era de derecho de gentes; de manera que como ya he insistido en varias oportunidades, repetidas veces, de acuerdo con autores de renombre en filosofía del derecho (o ética) (3) el derecho de gentes para S. Tomás, es **DERECHO NATURAL** con **FUERZA OBLIGATORIA**, anterior e independiente de ley positiva, y el que se empeñare contra la verdad objetiva en sostener que “el derecho de gentes” es derecho positivo, tendría que admitir que S. Tomás se equivocó en este punto y que ahora León XIII y Pío XI enseñan otra cosa.

5.—El hombre individuo o la persona humana que es lo mismo, no se ordena a la sociedad civil bajo ningún aspecto como una parte material a un todo; el bien particular del hombre individuo

(1) Véase “Estudios”, octubre de 1940, pág. 54; “Revista Católica”, junio de 1940.

(2) Consúltese cualquier tratado de autor católico sobre *Etica Natural*, vgr. Cathrein, Macksey y otros.

(3) “Revista Católica” N.º 869, mayo de 1940, y N.º 870, junio de 1940.

o persona humana se subordina al bien común de las demás personas humanas, de la sociedad; de tal manera que el bien particular en general de la persona humana, no perezca sino que en justa medida se limite; porque la sociedad civil de las personas humanas tiene por fin el bien común temporal de las personas humanas, sin impedir el bien espiritual de las mismas, y tomando al mismo tiempo el mayor bien temporal particular justo y posible de cada una.

6.—El uso común de los bienes que en propiedad se poseen, según la doctrina de S. Tomás, de León XIII, de la Iglesia, se entiende resctamente en el sentido de una fácil comunicación de los mismos por justicia, a veces, en estricta, en extrema necesidad; por justicia social y por el imperativo de la caridad cristiana en otras circunstancias y con respecto a lo superfluo de lo que se necesita para vivir y para el decoro conveniente de la persona. Separarse de esta doctrina, es separarse de la moral cristiana en este punto, del comentario unánime de los moralistas cristianos, de lo que afirma claramente León XIII, comentando textualmente a S. Tomás (1):

7.—“Acerca del uso que se debe hacer de las riquezas, hay una doctrina excelente e importantísima, que la filosofía vislumbró, pero que la Iglesia perfeccionó y enseña y trabaja para que sea no sólo conocida, sino observada o aplicada a las costumbres. El principio fundamental de esta doctrina es el siguiente: que se debe distinguir entre la justa posesión del dinero y el uso justo del mismo. Poseer algunos bienes en particular es, como poco antes hemos visto, derecho natural al hombre; y usar de ese derecho, mayormente cuando se vive en sociedad, no sólo es lícito, sino absolutamente necesario. Lícito es que el hombre posea algo como propio. Es, además, para la vida humana necesario (2). Mas, si se pregunta, qué uso se debe hacer de esos bienes, la Iglesia sin titubear responde: Cuanto a esto, no debe tener el hombre las cosas externas como propias, sino como comunes; es decir, de tal suerte, que fácilmente las comunique con otros, cuando éstos las necesiten. Por lo cual dice el Apóstol: “Manda a los ricos de este siglo... que den y que repartan francamente”.

“Verdad es que a nadie se manda socorrer a otros con lo que para sí o para los suyos necesita, ni siquiera dar a otros lo que para el debido decoro de su propia persona ha menester, pues nadie está obligado a vivir de un modo que a su estado no convenga (3). Pero, satisfecha la necesidad y el decoro, deber nuestro es, de lo que sobra, socorrer a los indigentes. Lo que sobra dado de limosna (4). No son éstos, excepto casos de extrema necesidad, deberes de justicia, sino de caridad cristiana, a la cual no tienen derecho de contradecir las leyes. Porque anterior a las leyes y juicios de los hombres es la ley y juicio de Jesucristo, que de muchas maneras aconseja que nos acostumbremos a dar limosna: Cosa más bienaventurada es dar que recibir (5); y que ten-

(1) Rerum Novarum. Núm. 37. Ed. Imprenta Chile. 1931.

(2) II-II Quaest. 6, a. 6.

(3) II-II Quaest. 32, a. 6.

(4) Luc. XI. 35.

(5) Act. XX. 35.

drá por hecha o negada a sí propio la caridad que hiciéramos o negáremos a los pobres: En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, a mí lo hicisteis (1)".

8.—La propiedad natural de los bienes estables, se deduce de la esencia del hombre considerada como "existente", según la doctrina de S. Tomás y de la Iglesia, y en este orden existente de pecado original.

La doctrina expuesta sobre la propiedad, la doctrina católica, no pretende defender los puntos de vista del individualismo, liberalismo o del capitalismo entendido en el sentido de la opresión injusta del capital sobre el trabajo. Defiende "la propiedad" de los bienes estables en justa medida, "en su administración" y "en su uso"; la propiedad en su función individual y social, la propiedad justa de capital y de trabajo y un régimen justo en relaciones de capital y trabajo.

Siento tener que hacer notar las confusiones que en esta materia social incurre también el Dr. Roa en su exposición.

No he hecho sino precisar conclusiones de filosofía de S. Tomás y conclusiones que no son de determinada escuela en materia social, sino de la doctrina social de la Iglesia. La exposición de cualquiera de ellas daría materia para un artículo; apenas he hecho algunas indicaciones de prueba.

Termino deseando que en el mutuo y caritativo intercambio de ideas, se aclaren los conceptos, para que todos nos unifiquemos en la doctrina social de la Iglesia, único faro al cual nos debemos arrimar sin temor, para encontrar la luz verdadera.

A. H. C.

Armando Roa Rebolledo.

La distinción real entre la naturaleza individuada y el supuesto es central en teología, filosofía y sociología. Su desconocimiento es causa de numerosas herejías antiguas y modernas. Por eso, en defensa de este principio volvemos otra vez a profundizar el mismo tema.

En un concreto existente, se distinguen la esencia substancial individual, la subsistencia y la existencia, aparte de los accidentes que existen por inherencia en la substancia. Una esencia puede estar en potencia y entonces es un puro posible existente eternamente en una Idea divina, o en acto de esencia, en el instante de ser dotada de su realidad intrínseca por la creación ex-nihilo. Es absurdo suponer una esencia creada, existiendo sin su existencia. La esencia actualizada dice relación a la existencia. Es completada primero en su propia línea; dotada de subsistencia, esto es cerrada, unificada, en plena posesión de sí misma. A su vez es inconcebible el acto de ser o existencia subsistiendo separado de la substancia, por una razón que dábamos en nuestro ensayo "Metafísica de la propiedad": "Cualquier acto o potencia tienen una cierta realidad antes de existir y se dife-

(1) Matth XXV. 40.

rencian unos de otros como "posibles". La existencia pura no tiene ninguna, ni puede diferenciarse una existencia de otra". Reforzábamos este argumento con la gran frase de Cayetano: "La existencia no existe".

Estas palabras tan claras, han sido entendidas por un contradictor nuestro en la siguiente forma: "Es grave error metafísico considerar el acto de ser en concreto (existencia) como ente creado, subsistiendo independientemente de cada esencia y con posibilidades de actuar varias esencias".

El acto creador divino es uno y simplísimo, pero deben distinguirse en su efecto formalidades diversas. Por un mismo acto y simultáneamente en el tiempo, Dios extrae de la nada, el ente concreto, con su esencia substancial individualizada, la subsistencia y la existencia.

Es en la consideración metafísica del ente creado, donde es preciso distinguir realmente algunos elementos; y aquí dice Sto. Tomás, es necesario establecer una prioridad lógica del supuesto sobre el acto de existir.

El supuesto no es idéntico ni a la naturaleza ni a la existencia. Si así fuera, todo ser dotado de esencia, incluso los accidentes, cuya esencia es ser en otros por inherencia, serían supuesto: lo mismo diríamos de todo ser existente. El caos más completo y contradictorio se forjaría al instante.

Sto. Tomás dice: "La persona significa otra cosa que la naturaleza, porque la naturaleza según lo dicho designa la esencia de la especie, que la definición significa: y, si a las cosas que pertenecen a la razón de la especie, ninguna otra pudiera hallarse unida, ninguna necesidad habría de distinguir la naturaleza del supuesto de la naturaleza; puesto que cada individuo subsistente en alguna naturaleza sería por completo lo mismo, con su naturaleza. Mas sucede hallarse en ciertas cosas subsistentes algo, que no pertenece a la razón de especie, es decir los accidentes y los principios que las individualizan: como principalmente se ve en las que son compuestas de materia y forma; y por eso en los tales la naturaleza y el supuesto difieren realmente, no como cosas absolutamente separadas, sino porque en el supuesto se incluye la naturaleza misma de la especie y se sobreañaden ciertas otras, que están fuera de la razón de especie, por lo que el supuesto es significado como un todo que tiene la naturaleza como parte formal y perfectiva de él; y por esto en las compuestas de materia y forma, la naturaleza no se predica del supuesto; pues no decimos que este hombre es su humanidad". (Suma Teológica. Tomo IV. El Verbo Encarnado. Parte III. Pág. 191. Traduc. española).

El supuesto o persona, comprende, pues, la esencia como parte formal o perfectiva, lo que sería absurdo si se identificaran. Se habla de la esencia en concreto, ya individualizada por sí misma como en los seres angélicos, ya individualizada por la materia signata cuantitate como en los seres materiales. El supuesto no está en la línea de la esencia: dice orden al acto de ser. Es una substancia subsistente.

La naturaleza humana se compone de materia prima y forma substancial; ni la una ni la otra en cuanto tal, ni ambas unidas constituyen el supuesto; como dice Sto. Tomás: "La persona significa otra cosa que la naturaleza". Tampoco puede

serlo el accidente cantidad que se distingue realmente de la substancia y está fuera de su línea perfectiva y que sin embargo es el fundamento de la individualidad. La extensión no es una perfección de los cuerpos; al contrario es un accidente potencial que coloca partes fuera de partes haciendo precaria la unidad. El supuesto en cambio es una unidad substancial con plena posesión de sí mismo para ser y obrar. Es más supuesto quien es más uno. Dios uno y simplísimo es la persona por excelencia. Lo más perfecto es la personalidad.

Si el supuesto no se constituye por la naturaleza ni por la extensión individualizante, podría serlo por la existencia. Sto. Tomás afirma: "Ipsum esse non est de ratione suppositi", "La existencia no es formalmente constitutiva del supuesto".

Esto es muy claro para un metafísico: La existencia no agrega nada en su línea a la substancia, porque no es especie de substancia. No está en el mismo género supremo. La existencia informa a la substancia tal como la encuentra. Si esta substancia no estaba completa, tampoco la completará la existencia, y existirá inacabadamente y viceversa. La existencia, dice Sto. Tomás, está igual en las partes que en el todo; si su función fuera acabar la substancia en cuanto substancia, cada parte substancial informada por la existencia sería dotada en el acto de subsistencia y pasaría a ser independiente del todo. Bastaría que un cuerpo fuera tocado por la existencia para que se disgregara en un caos de "partes-todos". Esta es la razón profunda de aquella genial conclusión de Sto. Tomás: "La existencia no es formalmente constitutiva del supuesto". (Quodlibet IV, Art. 2. Sol. 1).

Sin embargo, contra Sto. Tomás, mi contradictor afirma: "en la esencia o naturaleza racional el acto de ser (existencia) da la personalidad, la constituye, le da el ser subsistente; en una persona, hablar de la naturaleza racional y de su existencia, o acto de existir, y además de una realidad ontológica llamada subsistencia, es hallar palabras, y no entender a S. Tomás y a la escuela estrictamente tomista, para quienes tal realidad no tiene razón de ser, no se prueba, no existe". Lo peor es que atribuye este gravísimo error a Sto. Tomás y a la escuela estrictamente tomista. Todos saben que los más grandes tomistas de la historia: Cayetano, Bañez y Juan de Sto. Tomás, consideran fundamental a toda metafísica la distinción real entre la naturaleza individual y el supuesto o persona. Cayetano se ha inmortalizado por sus comentarios a este modo substancial llamado subsistencia, en sus estudios sobre la Suma Teológica. En su comentario al Art. 1, de la cuestión 19 (Verbo Encarnado), dice: "Nosotros no entendemos que la existencia forme parte intrínsecamente del concepto de persona; pero ella se relaciona a la constitución de la persona. Es así en efecto, ya que el acto que constituye la persona es también el acto que la hace existir (constitutio personae est constitutio ipsius esse). De una parte en efecto no es por un acto especial que ella es hecha persona y por otro que ella es puesta en el ser, sino por uno solo y mismo acto; por otra parte la persona no ha sido constituida más que para existir, lo que equivale a decir que la constitución de la persona se termina en la existencia como en su actualidad propia, inmediata y última en el dominio substancial".

El supuesto no es la existencia, es hecho para existir. En el apéndice a la última edición francesa de la Summa Teológica, Tomo I, de "Le Verbe Encarné" encontramos este resumen admirable de nuestra tesis: "Pertenece a la naturaleza, caracterizar la existencia de un ser, de darle tales o cuales determinaciones específicas o particulares después de las cuales él será realizado: la naturaleza misma concreta, es como el plan de realización de un ser; como lo repite a menudo Sto. Tomás, ella es según lo que una cosa existe. "Esse consequitur naturam, non sicut habentem esse, sed sicut qua aliquid est". (Qu. 17, art. 2, sol. 1). La naturaleza no es otra cosa. Santo Tomás no dejará de escribir que propiamente hablando es falso afirmar que la naturaleza existe: no es ella la que existe, pero por ella y según sus determinaciones, sus límites, alguna cosa existe. Esta alguna cosa, es precisamente el supuesto: él sólo tiene relación inmediata a la existencia, él sólo es sujeto de la existencia, porque él sólo tiene por función, no determinar un ser, sino hacer que no esté unido substancialmente a otro, de establecerlo en su unidad indivisa, de hacerlo subsistir; y es en razón misma de la estrecha ligazón que hemos constatado entre la subsistencia y la existencia, que podemos decir que pertenece en propiedad al supuesto existir". (Pág. 286).

Si la naturaleza individual por sí sola, ni la existencia, constituyen formalmente el supuesto, es forzoso concluir que no se identifican, sino que se distinguen realmente. El constitutivo formal es el modo substancial: subsistencia. Distinción real es la carencia de identidad entre dos cosas con independencia de la consideración del entendimiento y con anterioridad a él. Distinción no significa separación. En este caso, el supuesto no puede subsistir sin la existencia, pero bastan que el uno no sea de suyo igual al otro para que se distingan realmente.

Es tan absurdo identificar el acto de ser con la persona que ya algunos tomistas lo habían dicho: si existencia y persona son la misma cosa, Dios que tiene tres Personas, tiene tres existencias; la oposición en las relaciones se transformaría en oposición de existencias.

Según el dogma de la Encarnación, la naturaleza humana individual de Cristo y la naturaleza divina subsisten en la Persona del Verbo y a través de ella en la existencia divina, con la cual aquella persona sólo se distingue con distinción de razón. Pero la segunda Persona se distingue realmente de las otras, no así la existencia que es idéntica en las tres; si se afirma que la naturaleza humana está determinada directamente en la línea del ser "por el acto de ser del mismo Dios", esto es por su existencia, concluimos que se encarnó, no una sola Persona, sino que la existencia Divina, esto es las tres Personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Por eso el dogma afirma con claridad y Sto. Tomás lo ha iluminado genialmente; que la naturaleza humana se unió a la divina a través de la Persona del Verbo y no de la existencia formalmente considerada. El hombre Cristo, es Dios por cuanto a su vez, el Verbo se identifica con su existencia. En esta materia preferimos mantenernos fieles al dogma definido por la Iglesia a seguir innovaciones peligrosas.

Hemos establecido pues, que en un concreto existente se dis-

tinguen realmente la naturaleza individual, la subsistencia — principio ontológico que para los tomistas es un “modo substancial” — y la existencia. La naturaleza completada por la subsistencia es el supuesto, que en caso de ser racional se llama persona.

Todo hombre, es individuo y persona al mismo tiempo; no nos cansaremos de repetir: distinción real no es separación. La persona supone ya la individuación. Pero por ser el fundamento último de ésta, la materia, y de aquella el alma; hablar de los derechos del individuo es referirse a sus derechos en cuanto ser material y hablar de derechos personales es referirse fundamentalmente a los del espíritu.

Los modernos veían en el hombre un simple agregado de materia; debían optar forzosamente por un solo tipo de Derecho. Así en el orden de la propiedad, afirmaban o negaban en absoluto, el derecho a poseerla.

Nosotros partimos de un punto de vista totalmente diferente: creemos en la existencia de un derecho fundado en la naturaleza de las cosas, anterior a la voluntad, derecho natural, en otro derecho que también es anterior a la voluntad pero fundado en las condiciones existenciales de hecho de la naturaleza, derecho de gentes (Sto. Tomás) y en un derecho positivo que depende de la voluntad, aunque referido remotamente a los dos anteriores. Estos tres derechos se distinguen realmente y por lo tanto es falso asegurar que el derecho de gentes se identifica con el derecho natural o con el positivo.

Idénticas son dos cosas que coinciden bajo todos los aspectos.

Sto. Tomás dice en la Suma Teológica: “El derecho que considerado en absoluto se llama natural, es común a los hombres y animales, pero el derecho de gentes se diferencia del derecho natural, según que se refiere exclusivamente a los hombres. Algo es naturalmente proporcional a otro no según su absoluta naturaleza, sino que según algo que del mismo se sigue”. Sto. Tomás aplica esto a la propiedad de las posesiones, que no se sigue del derecho natural puesto que en absoluto nada hay en la naturaleza que exija propiedad privada, sino que del derecho de gentes, por cuanto de las condiciones existenciales de la naturaleza humana se desprende con anterioridad al consentimiento positivo, la necesidad de la administración privada de los medios de producción. Estas condiciones existenciales son las que derivan de la personalidad: la inteligencia y la libertad. El derecho de gentes se fundamenta en la persona; el derecho natural en la naturaleza individuada.

Los Padres de la Iglesia, efectivamente, no han aceptado el derecho de gentes, para ellos la propiedad privada era lisa y llanamente: un robo. (1)

(1) San Agustín dice: “¿De dónde viene a cada uno poseer, sino del derecho humano?... Quitad el derecho establecido por los Emperadores y ya ¿quién se atreverá a decir: aquella quinta es mía, aquel esclavo es mío, esta cosa es mía?” (Coment. sobre S. Juan. Cap. VI. N.º 25). Y

San Jerónimo: “Todas las riquezas proceden de la injusticia, y lo que uno encuentra otro lo ha perdido. Por donde me parece muy acertado este dicho vulgar: El rico es injusto o heredero de lo injusto”. (Carta 120 a Hedibia. Cap. I).

Son las condiciones existenciales de la naturaleza humana, el peligro constante en que está de perder su independencia y libertad si recibe de otro sus medios de vida y por otra parte el hecho de incorporar ideas de su inteligencia al material que trabaja, las que justifican la propiedad privada personal. Sto. Tomás negó categóricamente que esta propiedad fuera de derecho natural, esto es, se fundamentara en un derecho de la naturaleza humana en absoluto. Si así fuera hasta los bienaventurados deberían tener propiedad privada después de la resurrección. Después del análisis que hemos hecho en nuestro artículo anterior y del cual no se ha refutado ningún punto, creemos innecesario insistir aquí sobre esta materia.

Se comprende que las encíclicas papales no digan nada contra nuestra teoría. Ellas hablan de un derecho natural al hombre a usar de la propiedad privada. Nosotros lo hemos defendido siempre y lo hacíamos claramente en "Esencia del marxismo". Los papas no hablan en ninguna parte de derecho fundado en la individualidad, como alguien se lo atribuye.

Las Encíclicas son cartas a la Cristiandad y no hacen, ni tienen porqué hacerlo, distinciones filosóficas. Fundado en la persona ese derecho existe (derecho de gentes), eso basta para proclamarlo. Es el filósofo y más allá aún el teólogo y el santo quienes deben cimentar y establecer hasta dónde llega dicho derecho. Nosotros seguimos fielmente a Sto. Tomás. Los equívocos sociales derivan generalmente de grandes errores metafísicos; este debate en torno a la propiedad privada lo prueba claramente.

Un principio elemental del tomismo estaba amenazado; por eso hemos insistido más en la raíz ontológica de la distinción real entre individuo y persona que en sus consecuencias a otros órdenes de la actividad humana. Es ésta, nuestra última palabra.

A. R. R.

"S O Q U I N A"

Cera para pisos: "PRESERVOL".

—:—

Mata moscas, etc.: "INSECTOL".

—:—

Limpia metales: "METALOL".

—:—

Desinfectante: "CRESOFENOL".

—:—

En almacenes, mercerías y en

A G U S T I N A S 1 1 2 1

Experiencia y educación en Dewey

En la reciente y última obra de Juan Dewey (1), aparece un deseo de alma para la educación, que tanto se ha agitado en estos tiempos alrededor de métodos y sistemas. En su búsqueda y precisiones racionales hacia un "orden nuevo" educacional, Dewey se inclina, a pesar de sus afanes, hacia el método científico, en cuanto técnica de didáctica, y como "el único medio a disposición para descubrir la significación de nuestras experiencias diarias en el mundo en que vivimos". Mas, a pesar de esta posición inesperada al final del libro, en toda la obra se mantiene, digamos, ecléctico, o sea, su argumentación incesante, no se inclina a las reacciones de la escuela tradicional sobre la nueva, o viceversa, sino que siempre va destacando una realidad creadora de abundante verdad — aquí como siempre la verdad va independientemente de los extremos, no al medio participante de uno u otro bando, sino en posición eminente... — huyendo de las posiciones de exclusión o contraste, de modo que puede darnos una sana teoría de la experiencia, necesaria para iluminar los procesos y problemas de la educación, por los elementos que en ella analiza.

Sin embargo, la orientación que podía esperarse del libro queda entregada a las manos de los pedagogos en la misma situación de esperanzas y buenas intenciones para el futuro, confiando en las potencialidades de la educación... y dejando correr el agua y las semillas, siempre entre dos orillas: "En el fondo — dice Juan Dewey — yo no veo más que dos alternativas entre las que debe escoger la educación, si no ha de quedar a la deriva, sin finalidad. Una de ellas es la tentativa de inducir a los educadores a volver a los métodos intelectuales e ideales que surgieron siglos antes de que se desarrollara el método científico"... Insinuación que considera de fácil éxito ante el caos universal que pasamos, "pues en estas circunstancias se acentúa el deseo de aprender por una autoridad fija"... "La otra alternativa es la utilización sistemática del método científico como el modelo e ideal de la exploración y explotación inteligente de las potencialidades inherentes en la experiencia".

Ante esta situación no se avanza, pero Juan Dewey va limpiando el camino de medios falsos, de ilusiones prácticas, y exageraciones de reacción, con beneficio de descri-

(1) "Experiencia y Educación", por Juan Dewey. Tradujo Lorenzo Luzuriaga. Editorial Lozada. B. Aires, 1940. Colección Biblioteca del Maestro.

minación, que permite acercarse a una finalidad más verdadera. Y así entre sus ideas corregidoras de filosofía educacional, nos parece fundamental que reste aquí importancia a la materia de enseñanza como valor pedagógico. A los programas, digamos, — y lo dice Dewey, — que en nuestro nacional problema, constituyen por su pretensión herbartiana y cantidad, la fuente del desvanecimiento de todo sentido finalista educacional, y en los educandos, la pérdida de toda educación final de sentido...

“No es la materia *per se* lo que es educativo o lo que produce el crecimiento. No existe una materia que sea en sí, y por sí, o sin relación con el grado de crecimiento alcanzado por el que aprende, a la que pueda atribuirse aquel valor educativo inherente”.

Y he aquí como se aclara esta verdad ante los abusos intelectualistas de la escuela tradicional:

“El no tener en cuenta la adaptación a las necesidades y capacidades de los individuos era el origen de la idea de que ciertas materias y ciertos métodos son intrínsecamente culturales o intrínsecamente buenos para la disciplina mental”... “La idea de que algunas materias y métodos, y de que el conocimiento de ciertos hechos y verdades poseen un valor educativo en y por sí mismo es la razón por la que la educación tradicional redujo el material de la educación en tan gran medida a una dieta de materiales predigeridos”.

Luego nos explica que la causa de aceptación de esos males se encuentra en el ideal pedagógico de preparación para la vida. Juan Dewey nos advierte lo traicionero de ese concepto “preparación”: “El ideal de usar el presente simplemente para estar dispuesto para el futuro se contradice a sí mismo. Omite y aun impide las mismas condiciones por las que una persona puede ser preparada para su futuro”. “Vivimos siempre en el tiempo que vivimos y no en algún otro tiempo, y sólo extrayendo en cada tiempo presente el sentido pleno de cada experiencia presente nos prepararemos para hacer la misma cosa en el futuro”. “Esta es la única preparación que a la larga cuenta para todo”... “La educación como crecimiento o madurez debería ser un proceso siempre presente”.

En medio del problema general como problema pequeño recordamos fugazmente la situación de nuestros alumnos que estudian todo un año para dar exámenes; y mirando la resolución general de Dewey, bien nos vale recordar aquello sabio de las Escrituras: “a cada día le basta su afán”...

“Qué ventaja constituye adquirir cantidades prescriptas de información sobre geografía e historia... si en el proceso pierde el individuo su propia alma”? Ya nos re-

cuerda Dewey el caso de personas con poca instrucción escolar "en las que la ausencia de ella parece ser un capital positivo". "Por lo menos han conservado su sentido común y su capacidad de juicio natural, y su ejercicio en las condiciones reales de la vida les ha dado el precioso don de la capacidad para aprender por la experiencia".

Todo esto nos impulsa a desear y buscar un espíritu a la educación, una forma que conduzca al sentido creador de las cosas y a un asentamiento en la realidad, más que al frecuente suicidio intelectualista o a la aplastante desilusión de todo lo que es conocimiento, frutos propios de una enseñanza erudita sin vuelo sobre su propia materia, sin aire para su triste figura.

Los elementos que Dewey aporta en su teoría de la experiencia y que constituyen el tema principal y central de su libro como de su filosofía, permiten acercarnos a posibilidades de acción pedagógica más eficaces y más cerca del espíritu y de la libertad, y más lejos del libertinaje y de la erudición sin cultura, carente de forma interior, a base de la organización progresiva de las materias de estudio, lo que constituye elemento intelectual en su pedagogía cientista, y a base de la "interacción" del maestro en las experiencias diarias de los alumnos, o elemento social inherente al juego verdadero de la libertad individual.

La relación orgánica entre la experiencia actual y la educación constituye para Juan Dewey la unidad fundamental de su filosofía educacional que lo es "una educación de, por y para la experiencia".

Nos da, pues, como criterio de valor para la experiencia lo que llama **principio de continuidad** en la experiencia, y **principio de interacción** en la experiencia, que acentúan la valoración pedagógica de una experiencia, en lo individual y social, respectivamente. Principios íntimamente ligados a la realidad del fenómeno educativo, como que uno es el proceso vital mismo, mirado en su potencia educativa, en cuanto una experiencia es materia de otra, a lo largo del tiempo, en cuanto crecimiento de hechos al compás de la evolución de cada sujeto. Y el otro principio se realiza en el conjunto de "condiciones objetivas" que determinan cada experiencia, constituídas por todo el no-yo del sujeto que le sirve de materia y estímulo para sus experiencias.

Es aquí donde el magisterio adquiere toda su fuerza y necesidad, pero de un modo auténtico, de un modo orgánico, no como mera autoridad coercitiva de la libertad individual. Nada nuevo nos ha dicho Dewey, pero ante las reacciones de escuela tradicional y nueva, las verdades se han obscurecido y es preciso limpiar su sombría niebla. "Es, pues, misión del educador ver en que dirección marcha la experiencia. No tiene sentido ser más maduro si en

lugar de usar su mayor discernimiento para ayudar a organizar las condiciones de la experiencia del ser inmaduro lo desaprovecha". La pasividad al respecto la considera Dewey una "deslealtad al principio mismo de la experiencia", muy lejos de la deslealtad social de no respetar la libertad individual, que posee siempre su normativa interna por necesidad de organización.

Del mismo principio de interacción deduce Dewey otra vieja novedad, y lo es tal, por el sentido vital y no externo que le da, y es la necesidad de "regular las condiciones objetivas" de los procesos experienciales en el desarrollo de la enseñanza, "organización progresiva de hechos e ideas", acento intelectual mirado inherente al proceso de la experiencia, así como las imposiciones sociales resultan inherentes a la libertad individual, y hacen a ésta más funcional.

La verdad es que todos los problemas educacionales, sean de métodos o finalidades, valores pedagógicos, etc., han sido ya muy manoseados. Dewey no nos debiera sorprender mucho aquí, sólo devuelve elementos olvidados por su mal uso, con una engañosa apariencia de regresión que los conservadores de la educación pueden fácilmente explotar. Pero Juan Dewey nos hace sentir en medio de su interminable juego racional, la necesidad de un alma de la educación, no tanto por sus ideas mismas como por el movimiento que a sus ideas imprime, buscando modulaciones de lo intelectual y científico para descubrir el tono y soplo del espíritu ausente muchos años ya de los terrenos de la pedagogía. Nos parece que cuando una finalidad se vuelve principio, es posible que se convierta en "forma" educacional, y para que una forma sea principio y fin, debe ser rica de potencia, para que pueda cruzar el amplio camino que va de vida, a sentido de vida, camino a menudo sin labio de frescos, agrietado siempre por incertidumbre y angustia, a causa de que no atraviesa un arco de unión, una llama de extremo a extremo, un fin que sea principio, un fuego y forma que sea vida verdadera, para que no se desangre sufriendo sin vivir, la futura existencia de las generaciones en formación, el objeto mismo de las más fuertes esperanzas en esta hora del mundo. Por eso nos duele ver en Juan Dewey, a pesar de su depuración, sus románticos, enamoramientos por la ciencia y el método científico, que le parece como un ideal de orden y armonía, y tal vez de paz a juzgar por los bombardeos creados por la ciencia, ya que no le asigna felizmente los calores pedagógicos que veía Spencer, ese terrible eufórico de la ciencia y de la naturaleza.

Y así nos dice: "La utilización de la materia de estudio encontrada en la presente experiencia vital del alumno

hacia la ciencia es quizás el mejor ejemplo que pueda encontrarse del principio básico de utilizar la experiencia existente como el medio de llevar a los alumnos a un mundo ambiente, más amplio, más refinado, y mejor, físico y humano, que el encontrado en las experiencias de las que parte del crecimiento educativo. La reciente obra de Hogben, "Mathematics for the Million", demuestra cómo las matemáticas, si son tratadas como un espejo de la civilización y como un medio principal en su proceso, pueden contribuir al objetivo deseado de un modo tan seguro como pueden hacerlo las ciencias físicas".

Todo esto responde a demostrar la selección progresiva de la materia de estudio con el caso de la ciencia que va exacta en su proceso de experiencia a organización intelectual, pero que no sube, ni al corazón de la inteligencia, ni toca la inteligencia del corazón... Y que más bien limita al hombre como lo demuestran los estudiantes bien dotados de matemáticas e ingeniería, quienes siempre se refugian en una visión simbólica del mundo a través de la armonía que ofrecen los números y las ciencias físicas. Pero es preciso llamar a los pedagogos desde el ser mismo que las ciencias ocultan, a considerar el sentido de las cosas en la iluminación del corazón, luego en la magia de los números y leyes científicas y, finalmente, en los resplandores de una sabiduría cualquiera que no sea controlable por la experiencia, pero que constituya una experiencia de vida y esperanza...

Se ve que la educación es siempre el basural de las culturas, el fondo del vaso donde caen precipitaciones, pero donde la siembra puede ser más fecunda, a causa de la potencia del légamo, caos de fuerzas que sólo puede ser activada por una "forma" verdadera y alta como estrella.

* * *

Quizás si esta situación tan precaria de la Pedagogía como ciencia, hija espiritual del desengaño de cada época, pariente pobre de la sabiduría, contribuya a garantizarla y afirmarla como arte verdadero, donde una fuerza espiritual al servicio de ningún sistema, mas bajo la personal inspiración, es capaz de tocar con verdad e informar con justicia, la dulce plásticidad de las generaciones, a causa del misterio propio del arte en su normativa intrínseca a cada artista o maestro, *vide certae et determinatae*, como dicen los tomistas, y que es donde se manifiesta la sabiduría de esta cosa magna y superior que es la docencia.

Esta situación precaria de la Pedagogía encuentra su

analítica más audaz, a la vez que violentamente verdadera por lo real de sus miradas en Wilhelm Dilthey, el filósofo de la educación más genial de los tiempos modernos, quien supera al mismo Juan Dewey por su sentido trascendente en educación, elevando así la experiencia de un peligro mecanicista y pragmático, a todo su vuelo de vivencia, en el rico sentido de Spranger. Explicación que guardamos para un próximo artículo al tratar de "Fundamentos de un sistema de Pedagogía", por el autor de marras. Por ahora expresamos que nuestro deseo de una finalidad que sea principio, esbozado más arriba, la hemos encontrado explanada en esta rotunda afirmación de Dilthey: "La vida anímica tiene una teleología interna, y por tanto, una perfección a ella propia. Consiguientemente, pueden darse normas para esta perfección y desarrollarse reglas de cómo pueden alcanzarse por medio de la educación. La demostración de este postulado tiene que darse por el análisis de la vida anímica. Aquí no puede introducirse ningún género de hipótesis metafísica. La experiencia es la que únicamente tiene que hablar.

Aquí, pues, tenemos que destacar las geniales ideas de Juan Dewey que hemos desglosado, sobre la educación como proceso, siempre presente, pues para una mirada superficial, esa aseveración puede tener justamente una falsa apariencia anti-teleológica, olvidando que ese acento maravillosamente existencial, y propiamente cristiano de Juan Dewey, tiene la virtud — casi diríamos musical, por la analogía entre música desarrollada en el tiempo y vida humana allí lanzada, — tiene la virtud, decimos de convertir la verdad en realidad, y la escuela en vida, dentro de una metodología adecuada, y aún, en los sistemas antiguos, si la fuerza espiritual del maestro logra un clima generoso y autodidáctico para sus alumnos. Pues si, como decíamos más arriba, a cada día le basta su afán, esto es así, porque — en un sentido natural — la vida es luz del hombre. De contemplar esa relación nos ha parecido que todo el valor fundamental y toda la riqueza de sentido de la vivencia, reside en su poder de ser una creación espiritual de carácter esencialmente teleológico. Esa es su sabiduría. De allí la claridad del corazón. Por esto se iluminan los ojos del alma que profetizan la propia vida, superando la inmanencia. De lo contrario pues, la experiencia anímica sería inhumana porque daría una mera elaboración abstracta sin poder en el corazón, y ya sabemos, por la experiencia histórica, y por la luz de las Escrituras "que no se os educa con filosofías", porque "la metafísica no tiene poder de salvación".

Ahora nos parece que si los frutos de una vivencia no responden en la vida diaria a su despertar teleológico, se debe a la resistencia que el yo opone a la realidad, lucha entre el alma y el mundo, cuyo pacífico equilibrio, desde nuestro mirar confesional, sólo es logrado por la suprema forma de la Gracia, y cuyo frecuente desequilibrio es generado por las fuerzas múltiples del orgullo que quiere informar con algo de esencia limitada y reducida por el Antiguo Pecado. Sin embargo, no pretendemos afirmar que fuera del orden cristiano no haya educación, a causa del misterio teleológico de la experiencia, y porque no hay que confundir docencia eclesiástica con docencia católica... Pero estos y muchos otros temas de Pedagogía los meditaremos en próximos párrafos.

Alfredo Lefebvre.

“EL CHILENO”

DIARIO POPULAR INDEPENDIENTE

Base ideológico-social: las normas pontificias.

Independiente de todo partido político.

Fiscalista. — Noticioso. — Servicio completo extranjero.

OFICINAS: ROSAS 1281

A LA HORA DE ONCE

**ENCONTRARA UD. UN AMBIENTE TRANQUILO Y
AGRADABLE EN**

“LA NOVIA”

HUERFANOS ESQ. DE AHUMADA

Letras y Arte

“NOCHE DE DIOS” (Poema).

Ha florecido en la carne del pecado
la angustia de un amor sin resistencia...”

“NAVIDAD EN LA ESTACION”. Cuento por Celestino Sañudo.

“Entre las tinieblas y la velocidad, en la medianoche de Navidad, el camarero había recibido el mejor aguinaldo: la luz pacificadora clavada en el centro de su recto corazón.”

“CERVANTES CONTRA LAS LETRAS”, por Zlatko Brncic.

“La guerra la crean los letrados y al militar le toca deshacer este entuerto. Así entendía con mucha razón nuestro inteligente Cervantes.”

CRISTAL DE LIBRERIA

“Significación de las cosas”, por Carlos R. Correa

Noche de Dios

1.

"Ha nacido para nosotros un niño"

(Is. IX, 6)

*Se repliega la noche del oculto designio
y detiene en el Niño transparencias celestes.
Ha florecido en la carne del pecado
la angustia de un amor sin resistencia.
Músicas de paz y de perdón rozan los oídos.
Y una virgen se dobla en el ala de un angel.*

*Los caminos torcidos encontraron su línea:
ha penetrado el reino en la imagen del tiempo.
Hay un temblor de huesos que anhelaron la hora.
Hay fuga de las sombras en la huella de luz.
Un germinar de trigos; un reventar de uvas...
Rugidos de bestias sorprendidas
en la pausada marcha de esclavitud.
Y la entrega del asno, que ambiciona humildades,
y el despertar de ovejas y el mover de pastores
que tantean la estrella
en el andar ciego y firme de la propia esperanza.*



"Tú eres mi Hijo: Yo te engendré hoy"

(Ps, II, 7)

Bebí el licor del ansia
en el día ausente de bordes.

Busqué en mis entrañas
y a Tí hallé.

Esperabas mi señal
como gacela que acecha la fuga,
y al rozarte el viento de mi boca
respondiste con olor de campo lleno.

Sobre tus hombros colgué la capa de la lepra
y te envolví de horror y escama de serpiente.

Te miré así en el minuto abierto
y en tí cubrí todo amor de miseria.

El telón de tu nombre ha cortado los tiempos
como rocío verde de una vigilia sola.

He llenado contigo la gruta de silencio
y al tenderte en el ancho poder de la espiga
—pan Tú, pan ella—

ha sentido en tus manos
el despertar que viene de brisas de amapola.

Te he entregado.

Me he entregado . . .

Navidad en la estación

“Ha nacido entre las tinieblas la luz para los hombres de recto corazón”.

SALMO 111.

Esta Navidad venía en una locomotora. El tren — serpiente en la noche — corría en los campos largos por bóveda nocturna con perfume de yerba. La estrella anunciadora estaba clavada en la luz de la señalización.

Un rayo celestial penetró en el fogón de la caldera; por la chimenea salió el tropel de ángeles tocando alegría con las chispas locas. En el humo se iba formando la frase inmortal: “Paz para los hombres...” La cinta de humo se deslizaba largamente por encima de los vagones; las letras de oro flotaban en el humo y en la noche: “Gloria a Dios en los cielos y en la tierra...” Los ángeles de la guarda que estaban en el coche dormitorio agregaban alborozados entre los pliegues de las cortinas: “... paz a los hombres de buena voluntad”. El camarero del coche se puso de pie, mirando por la ventanilla, sintió penetrar por sus oídos una canción como de abejas hermosas.

El golpe monótono de los rieles envolvía el sueño de los pasajeros; las cortinas verdes en líneas cortas marcaban el vaivén suave. Mientras tanto los ángeles tocaban la batería con las argollas y un ángel carmesí repetía aleluyas de medianoche entre las aspas del ventilador.

El camarero siguió largo rato con la frente apoyada en el plano vidrio frío de la ventanilla. Miraba por la noche movible en la pantalla oscura. El campo de diciembre estaba amable como canción lejana y florecido con evocaciones de esperanzas.

La puerta del vagón se abre y entra al pasillo el pasajero de la cama 5. Es un señor muy delgado de mirada triste, observando el reloj pesadamente dice al camarero con lentitud cansada:

—“Me despertarás al aclarar... bien temprano, cuando la mañana está fresca”.

—“Bien, señor. ¿Se le ofrece algo más?”

—“Que pases una buena noche”.

—“Gracias, igualmente. Esta noche es nochebuena”.

—“¡Ah!... ¡Ya!”

Y se fué angostando por el pasillo movible.

El joven camarero se sumergió nuevamente en la pantalla oscura y fué viendo la película de aquel día: Trabajo sencillo, los pasajeros de este viaje sin antojos de cosas raras, casi todos se habían acostado temprano. En la estación, a la partida, el caballero gordo de la cama 8 lle-

gó al último momento y hubo de subirse con el tren en marcha; los dos jóvenes que van en viaje de turismo fueron despedidos por una cantidad de tías y la señorita del departamento B con tantísima maleta... Al mediodía había almorzado en su casita simple; la madre lo abrazó más fuerte que en otras despedidas: "¡Cuánto siento que no estés con nosotras esta Pascua! Pero el trabajo está antes que nada..." Su hermana menor se regocijaba entretanto en el regalo anticipado. Estos dos únicos hilos lo ataban en su existencia con afectos paralelos y ahí estaban en su presencia de medianoche con el recuerdo recortado claramente en la atmósfera tranquila de su espíritu.

La noche seguía moviéndose en la velocidad del tren. La luz opaca velaba los sueños del vagón. Por arriba el humo festoneaba clamores perennes: "... paz a los hombres de buena voluntad".

Los rielés corrían bajo las ruedas insistentes, largos, pegados a la tierra repercutían en monotonía al roce de los vagones. Ese ritmo continuo ya muy conocido era la red de fondo en la vida del camarero. Sobre la velocidad del viaje en ferrocarril extendía el paisaje de su pasado en el golfo del desvelo. ¿No era su vida joven como una canoa delgada y blanca en un mar de leche? Apretada en intimidad, al centro de su ser, llevaba una estrella laborada como rico don, en años de germinación por su buena madre. Y ahora por la ventanilla en la nochebuena obscura sacaba su estrella y con fe se alargaba en miradas de invocación por el campo en movimiento.

* * *

"Cerca está el Señor de todos los que le invocan; de todos los que le invocan de verdad". (Salmo 144).

* * *

La marcha del tren apresuraba la noche. De pronto, próximos a la línea, en la soledad campesina, un fuego anaranjado saltando en la obscuridad. Los trabajadores del campo velando en la quietud de la era. Los trigales en cosecha, los granos abundantes multiplicados en bendición y la parva dorada alegrando las faenas duras. El tren pasó y el resplandor vibrando junto a la paja amontonada se fué atenuando quedándose atrás los hombres de la era. Lo mismo que el camarero del coche dormitorio estaban en esa noche de paz, humildemente, esperando la sintonía. Una voz debía hablarles por el altoparlante del corazón: "Hoy os ha nacido el Salvador..."

De nuevo la pantalla obscura comenzó a correr. Alguna estrella lejana ponía una gota azul en el espacio grande. El camarero fué asociando imágenes tras la visión campesina. Aquellos hombres del trigal tenían algo de parecido con los pastores de Belén. En el nacimiento de cartón que aquel mediodía le había regalado a su pequeña hermana había un grupo de hombres pobres abriendo su admiración al llamado del ángel. El había leído que "... súbitamente apareció con el ángel una multitud de la milicia celestial". ¡Qué bello enjambre luminoso sería aquel! Cuán intenso debió ser el perfume de alegre paz que dejaron tras su vuelo anunciador.

Un puñado de júbilo en la gracia compensa largas noches de sonrisas turbias; el volar de un ángel abre abanicos de colores gratos y la mirada de un ángel...

El tren seguía comiendo distancias. Kilómetros de campos sembrados de obscuridad en la noche; pletóricos de ricos frutos por los valles cultivados en el día de sol radiante. Los rieles en canto igual bajo los vagones, mientras adentro el cargamento de sueño buscaba su rumbo en cualquier anhelo. El camarero sentado en un rincón velando la noche de sus pasajeros con la soledad exterior de los que trabajan en peregrinación.

La velocidad fué bajando en caudal, en el horizonte nocturno unas luces de ciudad parpadeaban lentamente la proximidad de una estación. Luces de color. Señales silenciosas y el brazo largo de cemento de una marquesina que se acerca. Suavemente el tren se apoya en el andén con anhelo de quietud.

Solitarios se tienden los andenes de la noche; las ventanillas vienen cerradas y los compartimentos oscuros. No hay como en el día miradas que salgan a escudriñar la ciudad en su estación y a chocar en las venteras con delantal blanco. Los andenes en la noche están vacíos de miradas provincianas que se distraen en el paseo de la estación mirando el catálogo de caras viajeras; sólo tienen tres o cuatro pasajeros que se abrigan con sus maletas reteniendo el sueño cortado por el viaje.

El camarero asomó su cabeza afirmándose la gorra bajo la ventanilla abierta. Únicamente se ve iluminada la oficina del jefe de estación en donde salta el golpe seco de la marcadora en el último boleto. El largo andén vacío se prolonga más allá de la marquesina obscurecida. Un pitazo breve del conductor resbala por el latón de los avisos dormidos y llega hasta el maquinista que suelta su locomotora en arranque lento. El camarero va llenando de deslizamiento su mirada de vigilia. Por la orilla del andén vacío aparece una figura nueva; con la suavidad de la parti-

da se aproxima como algo dulcemente anhelado. Es la figura de un joven en el color normal de los trabajadores honrados; la superficie de su faz se destaca limpiamente gloriosa con una claridad que penetra invisible. Los vagones desfilan sucesivos en la marcha tranquila de la partida. La presencia quieta del aparecido se cruza brevemente en paralelismo de transmisión con la sed de hondura en la mirada del camarero. En el pasar fugaz enfoca los ojos del personaje y se engancha en ellos con saturación larga y complacencia indescriptible.

El lenguaje de sólida palabra en trascendental manifestación que resbala plácidamente por esa expresión, la mirada nueva, mirada nunca vista, lo colma súbitamente de un océano agradable con música antigua; le da un compás que jamás había sentido. Cual tirabuzón de néctar penetran por sus ojos los ojos del inmóvil mensajero y según el vagón se aleja de ese breve choque, más y más vueltas taladran en sucesión la sorpresa grandemente grata. El tren avanza y el sutil personaje va separándose en la velocidad del desaparecimiento celestial.

Gota a gota el camarero se va revistiendo rápidamente de un envoltorio de alegría, de un regocijo penetrado hasta el vértice más hondo en labor saturadora de infinito, en liberación de vuelo purificador. Por los oídos se agolpan rumores insistentes de campanas regocijadas; el vientecillo del movimiento toca violines azules por sus párpados en alborozo; una cinta formando toda clase de espirales le envuelve el cráneo en vaivén de colores gritosamente alegres.

El convoy de coches-dormitorios gana velocidad separándose en despedida del andén vacío. La figura silenciosa ha desaparecido; ya sólo queda el aroma blanco de su presencia fugaz, la fragancia transparente de su mensajera mirada confirmadora de paz. Entre las tinieblas y la velocidad, en la medianoche de Navidad, el camarero había recibido en el andén de la estación el mejor aguinaldo: la luz pacificadora clavada en el centro de su recto corazón.

CELESTINO SAÑUDO.



Cervantes contra las letras

Cierta vez Don Quijote, en una de sus numerosísimas e incomparables aventuras, va a parar a una venta donde hilvana a espeta-perros un ingeniosísimo y original discurso: las armas y las letras. Esto de por sí, sin duda, no ofrece nada de particular en un libro cuyo principal encanto reside en lo imprevisto y cuyo valor es siempre renovado y medido por la imaginación de los lectores de cada época. Porque es, precisamente, un libro de imaginación. Pese a toda su objetividad, su realismo, su plástica y su carácter seco de manchego. Es verdad que todo lo que allí ocurre es lógico, racional, estrictamente ceñido a sus causas y a sus efectos. Pero, ¿qué, sino imaginación usó el autor para crear el conjunto? Fué algo tan recio y elaborado que toda una edad de fantasías se estrelló en esa exageración de fantasías que es Don Quijote. Y de ahí luego, el efecto previsto por el autor, para hacer retroceder dentro de sí mismos al absurdo y a la ignorancia, a la locura y al desorden, mostrándoles el límite de su existencia lícita, con la gracia repentina de un perfil, de una caricatura.

Pero volvamos a nuestro discurso. Quiero hablar ahora de un rasgo doloroso y personal de Cervantes, reflejado como en ninguna parte de su obra en este grave y agudo monólogo de Don Quijote: la ironía.

El Caballero de la Triste Figura comienza así: "Siendo, pues, así que las armas requieren espíritu como las letras, veamos ahora cuál de los dos espíritus, el del letrado o el del guerrero, trabaja más. Y esto se vendrá a conocer por el fin y paradero a que cada uno se encamina; porque aquella intención se ha de estimar en más que tiene por objeto más noble fin. Es el fin y paradero de las letras, y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo; que a un fin tan sin fin como éste — ¡sabrosa observación! — ninguno otro se le puede igualar: hablo de las letras humanas que es su fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar a cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden: fin por cierto generoso y alto y digno de grande alabanza; pero de tanta como merece aquel a que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida".

La paz: es algo muy de actualidad, algo eterno y al-

go que se remonta a tiempos de prehistoria: ¿Qué es lo que dijo Cervantes, en buenas cuentas, sino una elaboración personal del viejo adagio latino: "Si vis pacem para bellum"? Pero veá la forma en que lo hace. La malicia le hizo poner este pensamiento en gente aparentemente impacífica, como el propio Quijote. En verdad quiere decir esto: La guerra la crean los letrados y al militar le toca deshacer este entuerto. Así entendía con mucha razón nuestro inteligente Cervantes. Un pensamiento revolucionario y oculto tras un diálogo de sobremesa. Pero su caballero, fiel como todo caballero, le es fiel a su persona y no traiciona su pensamiento. No dice llanamente que le disgustan las letras. No. Pero pone preeminencia a sus armas sobre ellas, las letras humanas, no las divinas "que tienen un fin tan sin fin como el de encaminar las almas al cielo". Rasgo maravilloso para herir sin ofender, la inutilidad y el ocio de los que predicán. Para él, la paz, toda paz, se conquista por las armas, al impulso de los brazos a quien obliga la injusticia a deseársela. Se conquista sobre las leyes, sobre toda complicación de sutilezas espirituales. Y si habla más adelante de la serie de trabajos y penurias porque pasa un estudiante, es sólo para realzar por contraste los esfuerzos mayores del soldado. Si todo estuviese perfectamente establecido y puesta "en su punto la justicia distributiva" por las humanas letras, ¿serían necesarios los guerreros? No. Tendrían su función al margen de todo fin social. Es precisamente porque existen letras por lo que existen soldados. Ya, con el sólo hecho de existir demuestran que su misión está por encima de las letras. "Porque tienen por objeto y fin la paz que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida". Cervantes plantea el problema con tanta astucia y rigor, como que él supo en carne propia lo que es un letrado y lo que es un soldado. Perdió un brazo en Lepanto y un demonio creador le hizo perder toda esperanza de "justicia distributiva". Y establece las cosas con una ironía admirable, y lo que es más admirable aun, con una nobleza y corrección totalmente dignas de un ser superior que no se molesta en ofender al populacho con vociferaciones; es más, acepta sus letras y les ofrece él mismo, letras. ¡Y qué manera de ofrecérselas! Hay una actitud de benevolencia, de renuncia, una actitud casi abnegada para devolver al mundo el daño suyo, como en un espejo. ¡Sería absurdo quebrar el espejo para librarse de su verdad! Y Cervantes sabe esto, conoce esto y adopta una libertad exquisita para decir todo esto y no aparentar intenciones. Pero se adivina una amargura incontenible, a pesar de todo. Y en el fondo, austeridad, hombría, cordura. Y él, soldado,

se siente más pueblo, más verdadero, más humano en esa condición de su vida, que en la prisión de paz que le depara su infortunio "letrado". Cervantes intentó conquistar el mundo artificioso y seductor de los sonetos y de las églogas de aquellos tiempos. Escribió novelillas, cuentos, en los que puso todo su cariño y su ingenio. Pero Cervantes era un hombre para mayores destinos, un hombre de sufrimientos. El Renacimiento puso en él todo lo bueno que había en germen en su revuelta. Cervantes lo acrisoló sin saberlo. Salvo en sus famosos entremeses, populares y desaliñados, pero llenos de intensidad real, Cervantes no se muestra más que vaciamente retórico, fríamente mitológico, y mentirosamente lírico, al estilo italiano. Pisaba terrenos que no le correspondía. Su destino era ser soldado, no literato. Pero aquí, en esta encrucijada obscura de su vida, el pobre manco encuentra un hilo conductor para desarrollar su visión del mundo. Se repliega en sí mismo, observa e imagina, capítulo a capítulo la más inmortal de las tragedias. Un panorama columbrado entre rejas, escrito casi a oscuras y publicado en el instante psicológico preciso. Y de esto se obtiene esta paradoja: Cervantes no es literato más que cuando se alza contra las letras. ¿Hay algo más anti-literario que *El Quijote*? Fué un libro amargo, lanzado contra toda la literatura circundante. No precisamente en sentido técnico. Los libros de caballería hacía tiempo que habían desaparecido de España. Tanto es así, que Cervantes coloca a su caballero entre cuerdos curas, entre barberos ladinos y entre mozos y mozas, que nada tienen de Palmerines. Pero sí, es anti-literario, en el sentido de que iba contra todo aquello que la literatura había puesto en los espíritus, con respecto a visiones del mundo, del orden social y de ella misma. Se había hecho ridícula y aquello no se notaba porque el hombre de entonces era tan ridículo como ella.

Allí Cervantes hizo un doble juego. Hizo literatura contra la literatura, para desridiculizarla a ella, y a su vez al hombre. Y con esto, verdaderamente se consagró como gran creador. Armado de un enorme caudal de paciencia, movido por una evocación extraña y enteléquica, acosado de torturas de todo género, no encuentra arma más adecuada a su manera de ser, y a las circunstancias exteriores que su ironía. Cuanto menos se advierte, tanto más afinada. Cuanto más inocente, más peligrosa. Cuanto más amarga, más dulce, si es que una ironía puede ser dulce. Si no, reléase el discurso memorable que Don Quijote compone entre barberos, bellacos, rameras y caballeros. Toda la caparazón de España. Gente desenfrenada y licenciosa, sin embargo, cuerda. Gente llena de su propio

pecado, porque creían en el pecado. Gente que tendía a acendrar un egoísmo basado en su incapacidad de solidaridad, por lo demás justificable, por el contraste estúpido que los antiguos novelistas de caballería ponían como flores de idealismo. Pero Cervantes dió el mensaje: el idealismo se defiende por las armas. Cuanto más idealista un pueblo, más guerrero es; tal el pueblo español, el pueblo alemán, el pueblo ruso. Únicos pueblos, pueblos, en medio de su desentrañable barbarie. Los únicos dignos de su Quijote. Y esto, "porque las armas tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida".

Z. B.

CRISTAL DE LIBRERIA

"SIGNIFICACION DE LAS COSAS", por Carlos René Correa.
Santiago de Chile. 1940.

Carlos René Correa ha escrito en una prosa sencilla y clara como agua de estero campesino, un pequeño breviario de emociones al cual también ha dado un título sencillo: "Significación de las cosas". Con una pureza que tiene mucho de confesión de niño, recuerda tamizándolas en poético sentimiento, aquellas cosas que tienen un oculto y hondo significado. Aquellas que se quedan como un perfume indeleble perdidas entre los vericuetos de la sensibilidad y que, sin embargo, tienen su fuente transparente en el alma y su raíz en el ensueño.

Correa logra sugerir en el lector todo un cuadro de evocación, aun cuando se empeña en presentar aisladamente el motivo en el cual busca la "significación de las cosas". Toca el nervio vital para que la emoción vista con su mismo ropaje las imágenes del tiempo que se fué. Veamos cómo nos pone frente a la Casa de los Abuelos: "Como una buena mujer, vestida con su roja pollera, la tinaja nos saluda en la puerta: — Buenos días señora. — Y de su corazón le florecen los cardenales".

Como se ve, el procedimiento es simple, pero el resultado es maravilloso, pues esas breves líneas bastan para crear un ambiente y pintar un escenario. Es una estampa que tiene color y expresiva ubicación. Así, cuando dice: "Era un corredor largo, junto a la cocina. Allí estaba el maíz rubio que desgranaban las gallinas". Vemos aquí, como por arte de magia, surgir la casona campesina, con su cocina que da al patio y por donde entran cautelosas las gallinas madrugadoras a robarse los granos de maíz, armando un estrépito de cacareos cuando las sorprende el perro regalón, o cae sobre ellas la escoba de la cocinera.

Y esta otra admirable por su contenido poético: "Queda en el agua un ligero brillo amarillento y en la sombra se ha perdido el toque de campanas de la iglesia parroquial".

Creemos no equivocarnos al asegurar que en este pequeño libro por su extensión. Carlos René Correa ha dejado lo más puro de su producción poética.

Luis Durand.

**“No hay sino una tristeza:
la de no ser santos”.**

LEON BLOY.

Pida contra reembolso a Casilla 13370 — Santiago:

**“LEON BLOY, EL PEREGRINO
DE LO ABSOLUTO”**

Por JAIME EYZAGUIRRE.

Un guía certero de peregrinación cristiana.

Precio: \$ 6.—

DE LA TARJETA AL LIBRO
Gutenberg
y tambien CLICHES

SAN DIEGO 178 - 180
CASILLA 13258 - TELEFONO 89522
SANTIAGO

"GUTENBERG"
San Diego 178

Precio: \$ 3.60

16960YA 294
09-04-03 32180 XL



